

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLII

San José, Costa Rica **1945**

Sábado 18 de Agosto

No. 3

Año XXV — No. 992

EL TALLER ES BOLIVARIANO. — Nuestra literatura se enseña hoy en casi todas las Universidades americanas; pero hace 20 años el interés de los Estados Unidos por nuestros libros no iba más allá del que inspiraba el cobalto chileno o el bálsamo del Perú: era el interés de una decena de especialistas.

El profesor chileno Torres Ríoseco sobre esa tierra eriza o bien removida, en no más de tres centros: Nueva York, California y Chicago. Actualmente su libro substancial sobre la "Novela Hispanoamericana" es allí obra de consulta para tres mil profesores de español. Se ha acabado la larga cuarentena que retuvo al libro ibero en los malecones para averiguar si valía o no la pena desembarcarlo...

El país de su adopción ha dado a Torres Ríoseco bienes innegables: él le debe el arte de aprovechar la propia cultura metiéndola en rigores de clases y libros a fin de que no vagabunde como en nosotros, y le debe la continuidad parda, terca y eficaz que llaman especialización.

Lo mismo le habría enseñado Europa; pero habiendo él optado por los Estados Unidos, estos le regalarían la lección doble y preciosa que salva de la dispersión criolla.

Era una faena hace veinte años hallar allí una información decorosa de nosotros; la América Española no sufría de parte de su vecino ninguna cuchillada eliminatoria; pero era, esto sí, un enorme limbo sin color ni contorno. Torres Ríoseco no se sintió liberado de su obligación de paciencia, como los "talentucos" holgazanes y se puso a acarrear los materiales de sus clases.

El ha seguido a su gente ibera, sumiéndose años en las magníficas bibliotecas americanas; él ha perseguido con cartas a los escritores indolentes del sur, que no informan ni ayudan por dejadez o por soberbia infantil; él se ha gastado en la lectura kilométrica de nuestras cien revistas literarias donde hay que "tratar" la tonelada, a lo Curie, para lograr el gramo de radium; y él, recogió en las tertulias literarias de nuestros escritores trashumantes el archivo oral de una gente cuyo mejor documento es la conversación. Por todos estos disparaderos Torres Ríoseco ha buscado a los suyos y trabajado sobre nuestros materiales hasta volverse él mismo uno de los núcleos de información hispanoamericanos de los Estados Unidos.

NO COLONIZARSE.—Lado a lado con su producción de estudio y de manuales escolares él vivía una batalla incruenta, pero real y cotidiana: la defensa de sí mismo, el apretar contra el pecho el cabo de la lengua que se escabulle y se va.

Oír hablar a Torres Ríoseco es saber que el celó su llama en la intemperie de la extranjería, que la veló con sustento y con atadura. Pueden buscársele en su charla los destrozos del destierro en la sintaxis y las marcas del cartaginismo en el vocabulario. No se

SOBRE EL CHILENO TORRES RIOSECO

Por Gabriela Mistral

(En el Rep. Amer.)



Arturo Torres Ríoseco

les halla. Se enroló con las tropas de Aníbal, pero habla todavía como en el patio de la casa familiar o bajo el parrón talquino.

Y es que tuvo la guardiana más alerta que exista para el trance de salvar el idioma, la más fuerte y la más sutil: tuvo a la poesía como vocación primera y definitiva y la poe-

sía obliga más que la prosa a un cuidado cerrado del idioma. Así, nuestro compatriota no dejó nunca de escribir versos entre las pirámides de cuadernos, allí en un cuarto extranjero, donde ninguna forma convida a ser mentada en español y el aire húmedo de esponja tampoco incita a usar lo sobrado e inútil que es la lengua propia en tierra ajena.

El idioma local hace en el afuerino la invasión misma de la atmósfera en sus pulmones. El está posado en el sobrehaz del país, él le enfrenta y encara con su desafío de patrón que manda en los negocios, en hoteles y hogares, en la competencia profesional, y en la amistad y el amor. En el cuarto vacío, él salta como el duende desde la radio y ocupa la habitación en un abrir y cerrar de ojos. Puede llegar a ese imperio un Gulliver... de su país; el enjambre de la abeja verbal lo rodea, lo hostiga y al fin lo apabulla.

Mientras tanto, el otro, nuestro padre, se pone a vivir de pecho adentro, o se aleja como ente inútil, o se va amojamando y se encoge como la piel de zapa. Cuando menos se descolora y amarillea, se le ven los jugos del donaire y se le secan los aceites de la agilidad. El retozo, la interjunción, las pimientas y los azúcares de la alacridad y la ternura criollos ya no están en la punta de nuestra lengua.

Una ausencia de amor no es más melancólica; este perder no se parece al del dinero, sino al de la sangre en las anemias tropicales. Lo que se va con aquellas abejas, avispas, y abejorros que llamamos "palabras", no son, ¡ay!, tantas cosas. Es el trato ya familiar con el mundo que nos obedecía como la lámpara de Aladino, gracias a unas voces de amor o de gobierno; son unas ropas tan plegadas al "cuerpo del alma", que en ellas nada es arisco y todo resulta domado; y es un comercio divino con lo material, que de sabido ya se hace solo según ocurre en los sueños... (y es mucho más, que aquí no cabe decir y que Ud., Arturo Torres, se sabe mejor que yo).

Lo común es que el afuerino se entregue a la dictadura del aire y de los interiores y que la aceptación lisa y llana le parezca lo único racional. Así, él se da como la oveja, y así, es llevado a la esquila o al matadero. Los Estados Unidos están llenos de estos "entregados" y mutilados que se creen enteros aunque vayan, a lo Orfeo, corriendo en piezas río abajo... (1).

Vivía Torres Ríoseco un trance doble: ga-

(1) Prudentes, rebeldes y salvos los hay: me salta a la memoria otro de los míos, Ernesto Montenegro, crítico literario en el *New York Times*.

En un viaje de regreso a Chile, por hambre o sed del habla popular (la otra la lleva en los libros) se echó de bruces en nuestra vida rural y nos dejó el lindo libro folclórico que se llama *Cuentos de mi Tío Ventura*.

Sumario:

- Sobre el chileno Torres Ríoseco. Por Gabriela Mistral.
- Noticia de libros.
- Cuando florezcan las magnolias. Por Myriam Francis.
- El papel que representa la mujer en los albores de la civilización (1). Por V. Lachner Sandoval.
- Lisímaco Chavarría en la Escuela de Tabarcia. Por José Vargas Montero.
- Manuel Cano de Castro y su Exposición de litografías y acuarelas. Por J. García Monge, Max Jiménez, Frco. Amighetti, Abelardo Bonilla, Emilia Prieto y Arturo Echeverría.
- Salve Roosevelt! Por Frco. Villalobos Rojas.
- Antología del pobre. Por Pablo Antonio Cuadra.
- En los días de la victoria. Por Enrique D. Tovar y R.
- Sobre la valoración del carácter. Por Juan Antonio Corretjer.
- ¡La paz tendrá que firmarse en Munich! Por Fernando Ortíz.
- Al Sur de tus manos. Por Agustí Bartra.

nar las trincheras del inglés, de la primera a la última, y no extraviar la suya, volviéndose rehén adentro de su victoria inglesa... Esta operación de ensanchamiento del alma para que en ella quepan dos dioses, sin que uno elimine al otro, es un trance apurado y no menos duro por ser invisible: toda una proeza. Y la proeza se dobla cuando el rival es nada menos que el inglés, y se triplica si el hombre puesto en la encrucijada es un poeta. Porque, aunque nos rehusamos a aceptarlo, hace ya mucho que la poesía universal dejó el meridiano solar de la latinidad virando hacia Inglaterra.

Así y todo, el poeta Torres Ríoseco supo a tiempo que solamente el borracho tira por la ventana su hacienda moral, por alarde de euforia, y hay que admirarle su terca lealtad. Con estrategia fina aprendió de canto a canto el inglés que manda en su hospedería y en su Universidad, dándoles su día cabal como el buen trabajador; pero como el obrero fiel a sí mismo, dejó noches y vacaciones para su propia alma. Y eso que llamamos "nuestra alma", tal vez sea un polen divino más la primera leche terrestre, es decir, un pasado sin comienzo, y un presente que no existe sino al pasar... Ella, por lo tanto, se llamará *memoria*, y nuestro hombre se ha salvado de la amnesia, la muerte en pie y sin calavera monda...

El patriotismo interior y sedentario del que no salió nunca, es virtud sin prueba, violín en caja que no conoció la interperie; la chilenidad de Torres Ríoseco ha sido batida por la atmósfera más castigadora que exista para la manufactura exótica: los Estados Unidos. Allí se triza el alemán, se cuarteja el judío y se disuelve el latino no europeo.

SU POESIA.— El nudo de Torres Ríoseco con la poesía, le ha dado, además de la salvación íntima que cuento, varios libros de poemas, de los cuales sólo dos están conmigo: "Mar sin tiempo" y "Canto a España".

El primero lo llenan el terrón natal que se llama Talca, y las playas de Montevideo, que nosotros tenemos por griegas, mirando su larga reverberación de arena y poesía inagotable.

En "Mar" están contadas las mieles y las acedias de los regresos. El poeta halló "su bien" como todos lo hallamos después de unos años: intacto y volteado, mejor y otro, a causa de las "mejorías"... Excepto la montaña y el río, allí ha mudado todo.

La poesía de "Mar" es una vajilla que contiene todavía piezas modernistas, aunque la mayoría sean alfarería criolla. Hay una voluntad subrayada de hacer tono menor, y el cuaderno se resuelve en una cinta de acuarelas provincianas y playeras, además de dos buenos romances para Leopoldo Lugones y González Bastías. El tono mayor del poeta, al cual debemos el segundo "Caupolicán" de nuestra lírica (2), se sumerge por entero en "Mar sin tiempo", para subir más tarde a la superficie, como el cachalote, en el "Canto a España". La delicadeza, la ternura de aquellas "guaches" en que él cuenta las facciones trocadas de su pueblo, no se dirían salidas de este chileno macizo que parece venir siempre de un campeonato de regatas o de natación... (Es jugarreta de los fuertes gotear estas mieles de cuando en cuando y darnos con ello primero sorpresa y después gozo).

(2) El primero es el de Rubén Darío.

No recuerdo si están en "Ausencia" o en otro libro los demás "Romances" de Torres Ríoseco. En Madrid me los leí, siguiendo en ellos la vuelta rotunda a España que él hace junto con muchos de los nuestros. Esta re-hispanización poética tiene por causa dos grandes fascinaciones: la del "Romancero" al fin desagraviado como una sacra escritura racial que dimos como valetudinaria, aunque estaba más moza que nosotros mismos, y la fascinación de García Lorca, que renacería de raíz a copa el continente criollo.

Siguiendo su ruta de regreso a Castilla, el chileno alcanzó la gracia o milagro que logran los peregrinos aún antes de llegar a Jerusalén. Gracia se llama aquí al grupo de sus "Elegías" mayores, de las que conozco tres, dos de las cuales abren a plena dignidad el manuscrito de su libro próximo. En ellas todos los componentes de los poemas definitivos se dan la mano y cierran el círculo de la creación consumada. Estas "Elegías" arrastran, con la lentitud de su ritmo próspero, una cauda de moaré de dignidad, un patetismo genuino y un señorío íntimo y formal.

Los que recelamos de las viejas combinaciones métricas y las tenemos por catalépticas sin resurrección posible, nos quedamos aquí dudando de nuestra convicción... El logro es completo y nos empuja, con los de Bernárdez el argentino o el Scarpa chileno, al borde de la rectificación. Las metáforas de orden clásico se aparean sin choque con las modernas; los ritmos anchos de la lira de Garcilaso rebautizada como la "estrofa de fray Luis de León" en el siglo XVII columbian sin adormecerlos un amor y una desdicha del siglo XX, y el odre viejo no bosteza ranciedad, sino el vaho fuerte de las materias que se quedan intactas: sales o trementinas.

EL "CANTO A ESPAÑA".— En el coto más o menos plácido de la poesía de Torres Ríoseco esta es la tierra volcánica. Hay azufres, hay lejías y plomos derretidos. Muchas manos escaldadas se apartarán del poema con la irritación del que olvida que las palabras tienen también función ígnea; se azorarán cuantos no vieron ni tocaron las brasas sino los tizones ya fríos de aquel infierno.

La serenidad melancólica del poeta desaparece por entero en este "Canto". El español irremediable no quiere desentenderse y aborrazarse y se lanza a la hornalla: al cabo todos en nuestra raza somos más o menos salamandra y saltamos a la llama.

A nadie se le ocurrirá entrar con un termómetro francés para tomar los grados de una fiebre hispano-africana. Quien lea así, sólo reparará en el desorden visceral del "Canto" y en la incontinencia del lenguaje. Algunas veces la literatura se quema a sí misma para dejar su sitio a una realidad "que lleva las entrañas en sus manos". Las gentes han excusado las escatologías o extremismos verbales en nuestra "picaresca" y hasta las celebraron en pleno, no se espanten aquí de que un hombre de filialidad insólita en la América nuestra declare a su madre a la hora misma de ser ella "fouillée aux pieds" por propios y extraños, a la vista de un mundo negociador y empedernido.

Por otra parte, el "Canto a España" quedará como la poesía entrañable a Torres Ríoseco y la más humana en cuanto a entrañable.

EL PROFESOR.— Arturo Torres Ríoseco, buen consejero y óptimo traductor del alma ibera para los americanos, vino a Brasil con

un encargo de categoría: preparar la colección de clásicos brasileños que se publicará en inglés. A esta labor, recia como un tala en Goyaz, él quiso añadir un recreo que se resolviese en buen servicio, y dió en Río un curso de "Conferencias sobre literatura Hispanoamericana". Durante dos meses, profesores, escritores y amigos de nuestra lengua, fueron al "Instituto Brasil-Estados Unidos" a escuchar unas clases metódicas sin sequedad, calurosas sin énfasis y vivas de comienzo a fin, como unas criaturas anímicas. Nuestra Ana Amelia (3) fué una vez más patrocinándolas, generosa hacia la gente hispana.

CONSUMADA CORTESIA.— Los poetas de Río de Janeiro buscaron, por su parte, una manera casi mediterránea por la gracia del trueque gremial, de expresar su estima y su gratitud al huésped que, en la lengua es más hermano que visitante. Once de ellos tradujeron los poemas de una "Antología" de Torres Ríoseco poniendo en ello su técnica de gente fogueada en la fragua dura de la traducción.

La peor desgracia que soporta hoy la obra extranjera, es la traducción de primerizos y atolondrados, especie de Carnaval en el que ellos se dan por despedidos de las leyes del tráfico y de las reglas de la danza. La liberación es plena, porque los autores, unos están muertos y otros viven a dos mil kilómetros de distancia, y falta, además, la policía gremial que ataje la bárbara euforia editorial. Las bacanales suelen encender y doblar el decoro de los que no entran en la juerga, y así los traductores de Torres Ríoseco, gente del más subido pundonor poético, se han puesto a una labor de calidad apurada que signifique un "recorderis" a los desafortunados.

La dádiva es cuantiosa bajo su forma leve: este cuaderno acarrea desde el Pacífico a Guanabara, unos poemas dignos de expansión y además da testimonio de una técnica de traducción que madura en Brasil bajo la mano de varios maestros.

El transporte o trasvase será arriesgado siempre. El lugar común de que la traducción de la poesía española al portugués es una nada, aranca o de superficialidad o de ignorancia. La traducción dentro de dos dialectos salidos de una misma lengua — el catalán al provenzal, o el genovés al siciliano — aún en ese paso mínimo, deja estropeos o cicatrices. Un colombiano comentaría el hecho con su linda afirmación de que "la lengua es muy señora".

En la "Antología" del chileno trabajaron virtudes egregiamente artesanas; el deseo de bien hacer para bien honrar; el acatamiento al ritmo externo y al interno — a veces a los dos —; un espíritu de juventud que no amojama ni hiela los versos, sino que les guarda la temperatura; el dominio de los demonios que llamamos palabras (Luzbeles ennegrecidos del mucho pecar), y doña Lealtad-al-Texto-Ajeno "inocente" que nos fían para que le hagamos pasar el río riesgoso, es decir, el límite.

Todo esto lo sobreestiman y agradecen los chilenos del Brasil.

Río de Janeiro, abril de 1945.

(3) Ana Amelia Carneiro de Mendoza, poeta jefe de la Casa del Estudiante.

NOTICIA DE LIBROS

Indice y registro de los libros, folletos y revistas que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Atención de los autores:
Juan Felipe Toruño: *Poesía y poetas de América*.

Reseña documental desde lo aborigen a nuestros días. Cómo se escalonaron escuelas y tendencias en cada uno de los países de América. Valores representativos y poemas de cada una de las fisonomías poéticas en actitudes y posiciones.

Con una introducción bien enfocada, a Costa Rica la representan: Aquileo Echeverría, Lisímaco Chavarría, Rogelio Sotela, Julián Marchena, Rafael Cardona, Carlomagno Araya, Fernando Luján y Carlos Luis Sáenz.

Señas del autor: Delgado 63. San Salvador. El Salvador.

M. A. Raúl Vallejos: *Zenón de Elena como precursor de la ciencia moderna*. Santa Fe, Rep. Argentina. 1944.

Es un ensayo. Señas del autor: Salta 2960. Santa Fe, Rep. Argentina.

Dos folletos de Juan Marinello:

Actualidad americana de José Martí. La Habana. 1945.

Es un discurso leído en la sesión solemne efectuada en el Senado de la República la noche del 28 de Enero de 1945).

Por una enseñanza democrática. La Habana. 1945.

Juan Mantovani: *Bachillerato y formación juvenil*. Santa Fe. 1940.

Estudio muy valioso, en tres partes: El problema de formación y nuestra 2da. Enseñanza. Teoría de la formación. Humanismo y formación juvenil.

Cuán honrosa y efusiva la dedicatoria de este ejemplar, que estimaremos en justicia.

Con el autor: Lafinur 3121. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Vinieron juntos, también lo señalamos, con aprecio y gratitud:

Fryda Schultz de Mantovani: *El mundo poético infantil*. Librería y Editorial EL ATENEO. Buenos Aires. 1944.

Los apartes de libro tan útil: El mundo

poético infantil, Lenguaje de la poesía y de la infancia, Sobre un arte para niños, Alfonsina Storni en el teatro infantil, Presencia del niño en la poesía de Gabriela Mistral, Chesterton y la prolongación de la infancia.

Carlos M. Ibarra: *Teoría de México*. Puebla, México. 1943.

(...Y los criterios de los extranjeros sobre nosotros resultan tan falsos como los de nosotros mismos. Nos hemos visto y se nos ha visto mal, como si esto fuese ya una condición esencial de nuestra personalidad").

Prof. Mariano L. Coronado: *Introducción a la Higiene Mental*. Problemas psicológicos de la vida cotidiana. Prólogo del Dr. Juan Roura-Parella. Cía. General Editora, S. A. México, D. F. 1943.

("Emerge de las páginas del hermoso y humano libro del Dr. Coronado la imagen de este tipo nuevo de hombre que hemos visto flotar ante sus ojos quienes nos honramos y nos elevamos con su amistad", dice el Dr. Roura-Parella en justicia y con autoridad suma).

Como pan caliente, pan de bodas con el estudio, nos llega al último libro de Alfonso Reyes: *Norte y Sur*. (1925-1942) Editorial Leyenda. México, 1944.

Esta nota lo define: "El libro que ahora publicamos, *Norte y Sur*, revela la atención vigilante para los asuntos de la cultura iberoamericana, en México y en el extremo Sur y bien puede considerarse como el servicio diplomático de un literato, que nunca quiso abandonar las letras entre los negocios de las Cancillerías".

Dos folletos de Blas Roca:

La colaboración entre obreros y patronos. La Habana, 1945.

Estados Unidos, Teherán y la América Latina. La Habana, 1945.

Trigueros de León se manifiesta con este cuaderno de sonetos: *Presencia de la rosa*. San Salvador, El Salvador, C. A. 1945.

El N.º. 126 (cuadernos de Educación) de las Publicaciones de la Unión panamericana, Washington, D. C. 1945.

Educación para una sociedad libre. Nuevos principios aprobados por la Asamblea Internacional de Educación.

Hay un Centro de Estudios Cooperativos de Antioquia, Colombia. Divulga los principios cooperativos. En Medellín celebró el 1er. Congreso Nacional de Cooperativas. Algunos de los trabajos y conclusiones de ese Congreso los ha reunido en el cuaderno.

La Cooperación en Colombia.

Cuaderno útil. La cooperación es la base de la economía de la post-guerra.

Atención del Dr. Francisco de Veyga, cirujano mayor del Ejército en la Rep. Argentina,

El actual movimiento de la desnatalidad en nuestra raza. Buenos Aires. 1944

Con el autor: Rue Bamba; 1264. Buenos Aires, Rep. Argentina.

AHORRAR
es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA
es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS
— DEL —

Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)
está a la orden para que Ud. realice este sano propósito:
AHORRAR

Para todos sus trabajos en ingeniería y copia de planos, llame a los Teléfonos 5319 (Oficina) o 3201 (Habitación).

Ingeniero RAFAEL E. ROIG V.
Apto. Correos N.º 523

COMPRAMOS

lo 30 PRIMEROS TOMOS

— del —

"Repertorio Americano"

Diríjase al Apartado X en esta ciudad

Agencia del

REPERTORIO AMERICANO
en Londres:

B. F. Stevens & Brown Ltd.

New Ruskin House,
28-30, Little Rusell Street, W. C. 1,
London, England

Si quiere suscribirse al
REPERTORIO AMERICANO

diríjase a
F. W. FAXON Co.

Subscription Agency
83-91 Francis St., Back Bay
BOSTON, MASS., U. S. A.

El Traje hace al CABALLERO

y lo caracteriza. Y la

SASTRERIA LA COLOMBIANA

DE FRANCISCO GOMEZ E HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad

en Trajes de Etiqueta

Tel. 3283 — 50 vs. Sur Chelles
PASO DE LOS ESTUDIANTES

Sucursal en Cartago:

50 varas al norte del Teatro Apolo

Un cuento de Myriam Francis

CUANDO FLOREZCAN LAS MAGNOLIAS

(En el Rep. Amer.)

(Cuando florezcan... etc).

Saltó del lecho apenas clarearon las primeras luces de la aurora, y abriendo las grandes ventanas de cristal miró al jardín. Espléndida, magnífica, se abría radiante la primera magnolia. Liliana la miraba, y en sus ojos brillaba la alegría y la esperanza... ¡Por fin florecían las magnolias en su jardín! ¡Con cuanta ansiedad lo había esperado! El le había prometido hacía un año, mirando caer los pétalos marchitos de la última magnolia: "Volveré cuando florezcan las magnolias. Me esperarás?" Y ella le había contestado con toda el alma: "Te esperaré siempre".

Muy largo se le hizo ese año de espera. Le parecía que el reloj no andaba, que el sol se detenía en su marcha. Vivía en un estado de continua inquietud, hilvanando locas ilusiones. Ah, cuando él volviera! Puerilmente pensaba en las frases que le diría, en el traje que llevaría puesto, en el peinado que luciría. Temía no estar bella para entonces, todos los trajes los hallaba cursis, todas las palabras de bienvenida le parecían vacías, y las desechaba sabiendo que llegado el momento no haría otra cosa que abrirle los brazos y estarse callada, apretada contra su pecho, brillándole de lágrimas de dicha los ojos, y la emoción haciéndole un nudo en la garganta que le impediría hablar.

Pero era muy lento el transcurrir del tiempo para la ansiosa impaciencia de Liliana. Hora por hora pensaba en la felicidad que, aunque despacio, se iba aproximando segura. Cuando él regresase—soñaba—, estará de fiesta mi corazón, el mundo me parecerá tan bello y la vida tan dulce que, a la inversa de ahora, no querré que pase el tiempo. Estando a su lado—pensaba— la alegría extenderá su manto de luces por doquier, y cualquier pena que pudiera llegar me parecerá bendita porque estaré junto a él.

Un día vió cómo los árboles de magnolias se llenaban de botones, que iban creciendo poco a poco, conforme pasaban los días. Oh, pronto habría magnolias en su jardín y pronto regresaría su amado! ¡De verdad se le había hecho tan largo ese año aromado del perfume de la espera? Ahora le parecía que fué ayer no más cuando le prometió esperarlo siempre. ¡Un año! Un año no era nada en la vida de la eternidad, y he aquí que ya iba pasando, y cuando terminase por fin, sería el regreso de él.

Nerviosa, asustada de la gran felicidad que le llegaba con su llegada, Liliana miraba día a día cómo iban creciendo los bo-

tones de las magnolias. Ya estaban grandes, hinchados, prestos a abrirse en una maravillosa floración blanca.

Y esa mañana, al abrir Liliana los cristales de la ventana, vió abierta la primera magnolia, ofreciéndose jubilosamente al sol. La mano blanca y fina de Liliana atrajo a sí la rama y desprendió la flor.

Su perfume la embriagaba. La llevó a sus labios y cerró los ojos....

*

Suave y levemente besó Liliana la flor que tenía en sus manos. Luego, abarcando con una mirada el jardín que doraba el sol de la mañana, cerró otra vez la vidriera y con paso lento se dirigió al otro extremo de la alcoba. Abrió, un poco torpemente, la gaveta de su *secretaire*, y devotamente, como quien cumple un rito, puso la primera magnolia que había florecido ese año con otras muchas ya secas y casi deshechas. Hacía cuarenta años que hacía lo mismo. Luego cerró la gaveta y apoyó en sus manos, todavía exquisitamente finas, la frente ornada de blancos cabellos. El perfume de la magnolia persistía en el ambien-



Myriam Francis

te, y Liliana recordó una vez más la promesa que él no cumplió:

—Volverá cuando florezcan las magnolias.

Y la promesa de ella dicha con el alma:

—Te esperaré siempre!

Cartago, Costa Rica, junio de 1945.

¡LA PAZ TENDRA QUE FIRMARSE EN MUNICH!

(De Ultra. La Habana. Julio de 1945.)

Las fiestas por la rendición de los totalitarios son prematuras. ¡No celebremos la paz! Todavía no hay paz!

Sólo podemos regocijarnos de una gran victoria. Hemos terminado una cruel campaña; pero no la guerra. La guerra sigue en el Asia y en la Europa misma. Y en toda América. Y en todo el Mundo.

Dijo Churchill, hace precisamente un año, que a medida que adelantó la guerra ésta se hizo menos ideológica. Por esto no hay paz todavía; porque no la puede haber mientras no sea lograda en las ideologías.

Seguirá la guerra mientras no sea conquistada Munich. Allí fué proclamado el

nazismo, supremo jerarca de los totalitarios precursores de un nuevo Sacro Romano Imperio; allí fué la paz páfida que vendió a España y a Checoslovaquia. Y la fortaleza de Munich no ha sido rendida ni los munichistas se han desarmado. Con Munich están los déspotas de todos los continentes, los *apaciguadores* de los demócratismos mentidos y los militaristas que hacen marchar a sus pueblos a paso de gansos.

La guerra hay que terminarla con la conquista de Munich. Por eso la guerra sigue y la paz tarda.

Fernando Ortiz.

ANTONIO URBANO M.

EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480.

ALMACEN DE ABARROTES AL POR MAYOR

SAN JOSE, COSTA RICA

EL PAPEL QUE REPRESENTA LA MUJER EN LOS ALBORES DE LA CIVILIZACION

Por el Dr. V. Lachner Sandoval.

(Envío del autor. Es una reproducción corregida del semanario *Mujer y Hogar*, en San José de Costa Rica.)

Se me ha hecho amable invitación para que escriba algo en la interesante revista *Mujer y Hogar*, y voy a corresponder a ella retrocediendo unos cuantos siglos a lo largo de la prehistoria de la humanidad y tejiendo una fantasía, que tendrá el raro privilegio de ser a la vez una muy posible realidad, es decir q' "se non é vera, é ben trovata". Sirva de disculpa a mi audacia esta reflexión, así como el objeto primordial que me propongo: poner en sobresaliente relieve los insignes méritos conquistados por la mujer en aquellas remotas edades, cuando los hombres aún no contaban con ninguno.

Singular atrevimiento es, en efecto, el pretender reconstruir la actuación de la mujer en épocas tan lejanas, sin disponer de ninguna fuente de información, sin documentos escritos, ni siquiera grabados en piedras o muros. Nada de eso nos han dejado esos tiempos primitivos, en que las niñas no necesitaban —a Dios gracias— de ir a la escuela para que les atormentaran sus cabecitas unos rudos maestros (cómo habrían sido ellos!), y las mujeres adultas tenían apuros y congojas, por cierto algo más apremiantes que los deseos de sentarse a escribir sus memorias! Y lástima grande que así no fuera. Qué interesantísimos relatos no nos habrían legado ellas acerca de su azorosa vida con sus grandes miserias y sus aun más grandes méritos!

Pero si nada de esto se sabe auténticamente, ¿para qué les ha de servir entonces a los escritores de hoy el poseer un poquito de inspiración y fantasía, asesoradas por una pizca de ingenio y controladas

por una lógica estricta, si no habría de ser para adivinar en parte y deducir en otra lo que tenía que haber sucedido en los más lejanos tiempos, en las más densas selvas, y entre hombres y mujeres recién humanizados? Pues allá vamos, contando con nuestra valentía... y con la seguridad de que nadie, por falta de documentos, podría contradecirnos!

De golpe voy a comenzar por descorrer el velo de misterio ante los ojos sorprendidos de mis simpáticas lectoras —de seguro muy dispuestas a creerme— y a decirles que, en los albores de la más primitiva civilización, correspondió a la mujer la parte del león, la de mayor trascendencia, en el comienzo de todo progreso, mucho, muchísimo más de lo que debe al varón, cuya escasa inteligencia sólo le servía para luchar contra hombres y animales y para conseguir el alimento animal; es decir, que los hombres sólo eran guerreros, cazadores y pescadores. Mientras ellos andaban en sus correrías o vagabundeaban en la selvas, las sumisas mujercitas (no muy bellas, por cierto. Me parece estar viéndolas!) tenían a su cargo tareas de más importancia y de gran responsabilidad. Como diré más adelante, ellas no sólo debían dedicarse a la crianza y cuidado de la prole, sino además a vigilar, so pena de muerte, la existencia del fuego!

El fuego! ¿Pero, existía éste ya entonces en relación de intimidad con el hombre? Por sabido se calla que acerca del descubrimiento, la utilización, el mantenimiento y la producción artificial del fuego no poseemos documento alguno, a pesar de su enorme importancia que casi iguala a la

del agua. Pero el misterioso duende que trabaja en el oscuro refugio de nuestro cráneo, ha formulado, mediante sus lógicas deducciones, una interesantísima historia del fuego en sus cuatro etapas de evolución ya citadas, la cual me propongo referir en estos artículos. Es preciso advertir, sin embargo, que entre una y otra etapa deben haber mediado muchos miles de años, pues el progreso de los conocimientos no era, ni con mucho, tan rápido como lo es hoy: el primitivo cerebro (bastante más reducido que el actual, especialmente en su región frontal, la de mayor actividad intelectual), no le permitía saltos ni carreras al pensamiento, si no lo empujaban los instintos, que eran bien egoístas y brutales.

Ese maravilloso —y durante tantísimos siglos subsiguientes por completo inexplicable— elemento del fuego, si bien fué el motivo de muchos apuros y congojas para la pobre mujer primitiva, también constituyó el acicate, el más fuerte empuje dado a ella misma, para que realizara los primeros inventos, los más progresivos del género humano; gracias a él pudo la mujer escalar, aunque por pñitos, los primeros escalones de la civilización. Pero aún más, y para decirlo de una vez: el fuego fué la piedra monumental sobre la que ella misma erigiera la más excelsa institución, el sagrado altar, el núcleo y la argamasa de los lazos familiares, que habrían de incubar el brote de los primeros instintos altruistas y humanitarios al consolidar la familia, la base de la futura sociedad: el *Hogar*, dedicado al cultivo del fuego. Desde entonces *Mujer y Hogar* han quedado íntimamente ligados.

¿Y cómo sucedió eso? Comencemos por el principio; imaginémosnos ante todo cómo debe haber descubierto por primera vez el humano la existencia del fuego, q' luego fuera el principal instrumento de su civilización.

Alguna vez hubo de acontecer que el fuego nos bajó del cielo, como un dios extraordinario, en forma de un rayo que incendiara algunas malezas, hierbas o ramas secas y que algún hombre curioso y asombrado vislumbró desde lejos aquel raro revoloteo de un enorme y deslumbrante pájaro que agitaba sus grandes alas amarillo-rojizas y que había descendido del cielo después de un ruido atronador. Atónito y boquiabierto, lleno de santo temor, debió el hombre haber contemplado aquel extraordinario fenómeno. Pero al fin hubo de recobrar su valentía y su ánimo curioso para ver más de cerca el raro animal, y procurar, si posible, apoderarse de él. Sin embargo, tuvo que reprimirse al notar que en su proximidad iba en creciente y terrible aumento el calor. Igual cosa debió sucederles a otros cuantos de

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH Socio Gerente **RAMON RAMIREZ A.** Socio Gerente

sus compañeros, hasta que por fin uno de ellos, más atrevido que los demás, resolvió valerosamente correr hacia el brillante pájaro y agarrarlo por sus hermosas alas! Pero su osadía fué cruelmente castigada y por muchos días tuvo que sufrir las consecuencias de los picotazos del furioso animal, en forma de muy dolorosas quemaduras.

El hombre, incluso el primitivo, siempre procura explicar de algún modo todo lo que observa; y si no encuentra pronta y satisfactoria explicación, acude a lo sobrenatural, con tal de no tener que pasar por incapaz o ignorante. Del anterior episodio tuvo que surgir una creencia en lo sobrenatural. Lo que había sucedido era bien sencillo. El dios de aquellos salvajes se había encolerizado contra ellos por supuestos crímenes, había hecho oír su horrisona voz en forma de un trueno y luego había enviado aquel terrible pájaro como ejecutor de un castigo. Con razón había quedado el lugar de su aterrizaje convertido en un campo desolado, cubierto de cenizas y carbones; y había herido duramente a quienes se habían atrevido a tocarlo. Y luego había desaparecido! Sin embargo, en aquellas remotas edades de la Tierra, las tempestades y descargas eléctricas, lo mismo que las erupciones volcánicas (otras oportunidades de conocer el fuego y sus efectos) eran mucho más frecuentes que hoy; así tienen que haberse multiplicado los episodios semejantes al anterior y el hombre hubo de ir familiarizándose con la presencia del fuego y sus particularidades.

Con esto he relatado la primera etapa de la historia del fuego; el hombre hizo su descubrimiento y aprendió a respetarlo. Hasta aquí no vemos una especial participación de la mujer en ello; a lo sumo habrá representado un papel igual al del hombre. Pero ya veremos cuáles habrían de ser para ella las consecuencias de tal descubrimiento.

Como vemos, el hombre descubrió, sin mérito alguno de su iniciativa, la existencia del fuego, pues éste fué un beneficioso don caído del cielo. Y por cierto que no se trató de un acontecimiento

aislado; de otro modo, al extinguirse el provocado incendio, el fuego habría huído otra vez de la Tierra. En el largo transcurso de los siglos deben haberse presentado numerosas ocasiones de admirar y temer, y aún de gozar, la presencia del brillante espectáculo, gracias unas veces a las erupciones volcánicas (demasiado frecuentes en esas épocas), otras veces a la acción de un rayo.

Pero, de contemplar su presencia, a comprender lo que el fuego habría de significar para el hombre, mediaba una enorme distancia de tiempo, durante cuyo transcurso la capacidad mental de aquellos salvajes muy poco prosperaba. La evolución del reconocimiento hacia el fuego, lo mismo que en el ulterior progreso de su utilización, tiene que haberse realizado con suma lentitud, no sólo, como ya antes indiqué, por motivo del reducido estado del cerebro humano, que aún no permitía efectuar determinadas asociaciones de ideas ni sacar deducciones de lo que observaba, sino también porque es preciso tomar en cuenta que en todos los pueblos primitivos, de sentimiento y temperamento infantiles, el instintivo temor a las fuerzas desconocidas, a lo sobrenatural, y por ende, el apego a las supersticiones, tienen que retrasar en mucho la efectividad de su reconocimiento.

A pesar de todo, aunque con lentitud, el progreso tiene que venir por la ley

de la evolución, que en el hombre es bien enérgica, especialmente en la esfera intelectual. Y así fué como poco a poco los salvajes iban familiarizándose con el fuego y perdiendo el santo terror por sus crueles caricias. Y fué creciendo su confianza hacia aquel enviado del cielo, conforme se iba reconociendo que él era más bien un amigo que les ofrecía la más placentera sensación de calor a las multitudes ateridas de frío, si se acercaban a él con el debido respeto; y que (por lo contrario de sus antiguos temores) era de deplorarse que las apariciones del nuevo amigo no se repitieran con mayor frecuencia. También se llegó a comprender que era necesario aprender a tratarlo con prudencia para aprovecharse sin riesgo de sus grandes favores.

Establecida esta familiaridad entre el hombre primitivo y el nuevo elemento, ella constituyó con el tiempo una amplia vía para nuevas experiencias y útiles conocimientos. Así vino a verificarse primeramente la importante observación de que el fogoso pájaro, como cualquier otro animal, necesitaba ser alimentado, si no se quería que se muriese de hambre y se perdieran sus beneficios, aunque en éste concepto él no era muy veleidoso y se contentaba con que se le echaran hierbas secas, paja o palos de leña; era, pues, fácil de mantener, y dondequiera que el fuego apareciese, podía sostenerse durante bastante tiempo.

A su vez hubo de conducir a esta observación lógica y de gran trascendencia: la experiencia de que, si se le acercaba al fuego un palo seco, éste se convertía pronto en otro pajarillo ígneo; es decir, que el divino animal, no sólo podía alimentarse, sino también reproducirse. Con esto adquirió la humanidad más primitiva uno de sus más estupendos progresos, pues en adelante podía conservarse el tan útil y benéfico fuego indefinidamente, siempre que se le atendiera con el debido interés.



Aprenda MECANICA DENTAL

La Mecánica Dental es el arte de modelar hábilmente los dientes artificiales (dentaduras, puentes, casquillos, incrustaciones, etc) por medio de moldes que el dentista toma de la boca.

PEDRO SANCHEZ CORDERO

Profesor de Mecánica Dental
Diplomado en Chicago

5 años de práctica en EE. UU. y 13 en México.

Avenida 16 de Septiembre 10, Despacho 305, México, D. F.

Unico requisito: haber terminado la Primaria y dos cartas de buena conducta.
De preferencia use correo aéreo

No paró allí, aunque con la antedicha lentitud, la serie de descubrimientos. Alguna vez hubo de suceder que un miembro de la tribu, dotado de una inteligencia algo mayor que la de los demás —una especie de Cristóbal Colón para aquellos tiempos— cayera en la cuenta de que él podía llevarse uno de aquellos fogozos polluelos, esto es un tizón o leño encendido, a su propia caverna para calentarla y hacerla más agradable, a condición de no dejarlo morir por falta de alimento o apagado por el viento.

¿Nos damos debida cuenta de la enorme importancia que tan trascendental descubrimiento iba a tener para aquella mísera humanidad? ¿Y podemos medir la magnitud de aquel brillante esfuerzo mental en un primitivo salvaje para producir tal concepción? Aquello fué un salto magnífico en el lento progresar del pensamiento humano. Tras el mantenimiento del fuego había sobrevenido el modo de transportarlo; y finalmente vino su domesticación. El fuego domesticado, esto es, puesto a servir a un amo. Y este amo era nada menos que el hombre, que sometía al que antes tomó por un enviado del cielo. El hombre comenzó a ser entonces el futuro dominador de la naturaleza!

Para apreciar mejor la importancia del descubrimiento, recordemos que él se efectuó seguramente en las frías regiones de Europa o del Asia durante alguno de los períodos glaciales. Pero en adelante pasa el fuego a ser el principal elemento del confort y bienestar de toda morada, a cuyo alrededor se agrupan sus habitantes para calentarse y escuchar cerca del agradable calorcito de la hoguera las numerosas aventuras de cacería y las proezas de la lucha contra hombres y fieras. La hoguera, el fogón, comenzó a ser el centro de atracción de la familia, y así se formó lo que hoy llamamos el Hogar. Allí debieron surgir poco a poco los vínculos de unión entre los miembros de una tribu hasta desarrollarse verdaderos instintos sociales y altruistas. Vemos así algo extraordinario: el fuego combatiendo por medio del hogar los instintos egoístas!

Allí también debe de haber comenzado el culto del fuego, constituyendo en muchos pueblos una especie de religión primitiva, que en algunos se conservó hasta en épocas bastante recientes.

(Seguirá)

Alajuela, Costa Rica, 1945.

LISIMACO CHAVARRIA EN LA ESCUELA DE TABARCIA

(Envío del autor)

Palabras dichas por el Sr. don José Vargas Montero, al descubrirse el retrato del poeta Lisímaco Chavarría, en la Escuela de Tabarcia, que lleva su nombre.

Señores:

Con la aquiescencia que espero ha de otorgarme, generosamente, tan ilustrado auditorio, he de referirme, someramente, en este acto, al tema obligado: poesía; pero la poesía como belleza, no como concatenación razonada. Para ello he de recurrir a las fuentes de inspiración que me brinda uno de los ungidos por las Musas: Lisímaco Chavarría.

Este genial poeta costarricense, figura de alto relieve continental, en quien el divino Apolo hizo brotar un torrente de inspiración de gran envergadura en nuestra medio poético y literario, es hoy motivo de cariñosa y merecida recordación. Pero recordémoslo, sintiendo en lo más íntimo de nuestra alma, la influencia de su enorme estro poético. Convivamos con él, a través

de sus producciones poéticas, así como él convivió con Natura, y captó, con su gran poder de percepción, las más bellas manifestaciones cósmicas, que trasladó al lienzo de su fantasía en forma tal, que sorprendió a los más conspicuos Maestros de la literatura hispanoamericana.

Y es que la Gran Naturaleza — la Fuente Castalia donde Lisímaco sacaba su frenal poético— es fuente de eterna belleza, por más que para los profanos, para los espíritus no cultivados y carentes de toda noción de estética, una cascada es un fenómeno natural; pero para el poeta, ese salto de agua representa un poema, un poema viviente, como poema hay también en la flor que abre sus pétalos a los primeros fulgores de la aurora, para recibir las caricias de la tenue y rosada luz. Son poemas mudos éstos, carentes de dicción, pero rebosantes de la Increada Beldad. El poeta, fiel intérprete del lenguaje de la Belleza, es

Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

Consulta por cita

Oficina en San José

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopía

cuadría en lo más recóndito de su alma y extrae el fluido misterioso, al influjo del cual la cascada y la flor hablan en el idioma que sólo el poeta tiene el privilegio de interpretar y traducir en lenguaje metafórico. Y así, en el poema "La Catarata de mi Pueblo", Lisímaco se revela como un mágico intérprete del misterioso idioma; y dice:

„Es una lira de luciente plata,
espejo de las tardes y la aurora
donde la verde selva se retrata;
donde ensaya Silvano su sonata
y Pan, a veces, por Siringa llora.

Y, en "Manojo de Guarias", que ya todos conocemos, Lisímaco despliega su fantasía y derrama un efluvio de belleza sobre la nativa y agreste orquídea, nuestra Flor Nacional.

En alas de Pegaso, el genio de Lisímaco, ora corre, ora vuela, en busca de un punto de apoyo para su Musa erótica; y en los versos intitulados "Aquella Tarde", se advierte el aleteo misterioso de Eros sobre el corazón del Poeta, cuando dice:

...Te dije mis anhelos, y tus ojos
me hablaron de las sombras del abismo;
en tu faz florecieron lises rojas,
y mi alma altiva te doró de hinojos,
en tanto que alargabas tu mutismo.

No se necesita ser un gran esteta ni tener vasta solvencia poética, para adivinar en los poemas de Lisímaco, el embrujo de su rima, de su ritmo y de sus matáforas. Su tesitura poética la dirigía siempre hacia un plano de belleza espontánea.

Enamorado como era de la arcilla espiritual que modelaba con exquisito gusto artístico, Lisímaco constituyó un exponente de alto linaje del espíritu, para gloria suya y honra de su solar nativo y de las letras patrias.

He dicho.

COMPRESUS MUEBLES EN LA

Mueblería EL HOGAR,

Situada 200 vrs. al Este de la Iglesia del Carmen.

Apartado 1384

Teléfono 3339

MANUEL CANO DE CASTRO y su exposición de litografías originales y de acuarelas en el Teatro Nacional, del 23 al 30 de junio de 1945

Con gusto les presentamos a don Manuel Cano de Castro. Es costarricense. Se fué de aquí hace como cincuenta años. Su regreso será— poco a poco— como una reintegración del niño que con él se fué a los ocho años. Su expresión artística con ello se enriquecerá. Muy francés por su cultura, por su modo de ser. Con una base filosófica espiritualista que le permite ver las cosas de otro modo, más a lo hondo. Excelente don Manuel amigo.

Graba y pinta, es un maestro en su noble oficio. Es de la Escuela de París. En la piedra misteriosa halla la expresión propia de cómo ve el mundo. Fíjense en lo que ahora va a exponer. Ha vivido, ha sufrido en situaciones extrañas, como la de un campo de concentración nazi. Obsirven cómo ve a nuestros campesinos. Una expresión nueva, muy adelantada, muy personal, de cómo él capta el alma ajena, en Europa y aquí.

Que tenga éxito en esta su exposición (un año de trabajo en Costa Rica), que halle estímulos que lo muevan a quedarse por acá un tiempo largo. Con su creación artística, nuestra tierra crece en espíritu; porque don Manuel cree y crea.

Junio 10 de 1945

J. García Monge.

Más sobre Cano

Manuel Cano de Castro ha sentido aquí en Costa Rica, la gloria; la de aquí no es más pequeña que la de París, porque el éxito, indudablemente, se debe a una acumulación de energías aplicadas

A Manuel las aptitudes se le han resuelto aquí. Movié este medio, lo cual me parece casi heroico.

Sin embargo, para mí, la gloria es una suma de fracasos, y sigo creyendo con Apollinaire, que con patadas en el culo sube uno escalones.

Según Stendhal, el artista debe buscar la gloria por todos los medios, pues eso, le da libertad para olvidar la mezquindad terrena, y, dedicarse de lleno al arte puro.

Por otro lado, Rilke, pensó que la fama era una suma de mal entendidos. Verlaine dijo que la gloria era mierda; se lo dijo a Darío.

Clemente Vautel, comentando a un joven que se había retirado de las letras porque no había conseguido el deseado nombre, indicaba, que si su mamá, una tía y algún amigo lo admiraban, era suficiente.



Mascarada

Mi amigo Amighetti sintió de eso en Guatemala, y Arturo Echeverría está conforme con que lo estimemos nosotros sus amigos.

Yo no quería escribir más sobre Cano; esto prueba su fuerza principal: la tenacidad. No quería escribir más sobre él, porque un artista no debe admirar a otro; puede sentir una emoción ante sus cosas, aprender de él, llegar hasta imitarlo, pero con el fundamental principio de Aristóteles: *Nihil admirare*.

La obra de arte está hecha de las buenas y malas cualidades del hombre; ambas son fuerzas, y además, si enumerara unas y otras estaría equivocado, porque el juicio de gracias y defectos tiene que ser absolutamente personal.

A mí, por ejemplo, las cogedoras de café de su último album, me parecen prostitutas de París; lo cual considero yo muy bien, porque Manuel ha sido sincero, no con las cogedoras, pero con su propia visión.

Wilde deseaba que un chino le hiciera un retrato, no como él era, sino con la visión del chino.

En este concepto, realmente Manuel Cano de Castro ha descubierto una nueva Costa Rica, la suya, la que él ve, la que existe en los planos superpuestos de los recuerdos que trae rodando por el mundo.

Manuel, a quien la apacible vengencia del mar de Puntarenas, a donde venimos a recordar que somos parte de la Naturaleza, nos dice que es mago; nosotros no lo creemos, él tampoco. Su verdadera magia consiste en haber movido de sus guaridas a nuestros compatriotas por algo que no es ni política, ni ganar dinero. Con la punta de un lápiz sobre una piedra, con blanco y negro, sin color engañoso, sin ese color que hace de las tardes, lindas cosas pasajeras.

Manuel no es feo, no como se ve; es su excesiva sencillez la que lo ha llevado a un descuido casi absoluto de su persona; sus facciones, auscultándolo con ojo severo, son nobles. Ese descuido indica la condición fundamental de un artista: ser antisocial. De eso dice Balzac que hay unos, que con su verborrea y grata presencia, se hacen pasar por genios, y a la hora de la zaranda de la muerte no queda nada.

Viniendo del fantástico París, en donde jamás falta el humano deseo de comprender a los otros, o por lo menos de respetar el cometido de cada uno, es casi heroico no abandonarse, y continuar la labor empezada en un ambiente de amable comprensión para el artista.

También dice Stendhal que el artista sale con pánico a la calle por miedo de que le quiten los sueños que lleva en la cabeza. Aquí esa pena se rodable, pues se-

ría rarísimo que alguien se ocupara de esos nuestros fantasmas, que a veces, como en el caso de Manuel, cobran materia; y que con más poder que otras actividades, nos quitan el fastidio de un país, llevándonos a otro, al del artista, al de Manuel Cano de Castro.

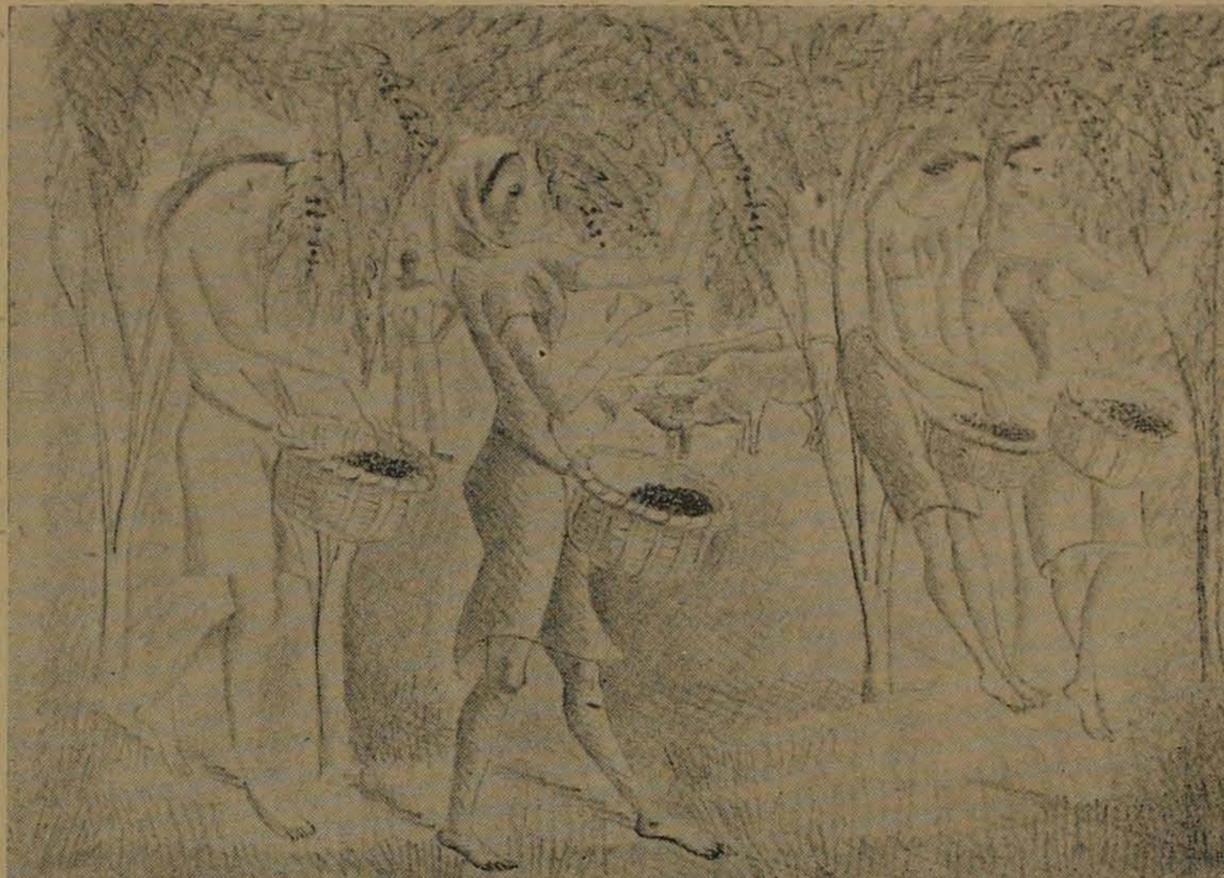
Max Jiménez.

Puntarenas, Costa Rica, Julio de 1945

Apuntes

Las cogedoras de café de don Manuel Cano de Castro no necesitan como en la realidad, usar sombreros para protegerse del sol; cogen el café bajo la sombra de las ojivas vegetales. Y sus fisonomías y sus actitudes, tampoco las he visto en los campos sino más bien en los bajorrelieves de las metopas de los templos, en las procesiones sagradas y sugieren, no la vecindad confusa de los ríos en el trópico, sino el rumor mediterráneo hecho de claridades.

La naturaleza y la vida el artista las ve a través de su temperamento y de su cultura asimilada. Así esta litografía de que hablo me parece estar hecha por una sensibilidad depurada a través de los Museos. Así como aquella otra en que aparecen gen-



Cogedoras de café

tes bajo la lluvia, parece dibujada sólo con el temperamento del que confirma en la naturaleza su estado de alma; tiene, aun-

que con técnica muy diferente, ese sentido del paisajista chino en que el elemento humano cuenta dentro de lo cósmico, tanto o tan poco como una rama seca, un poste telegráfico, una piedra o una flor.

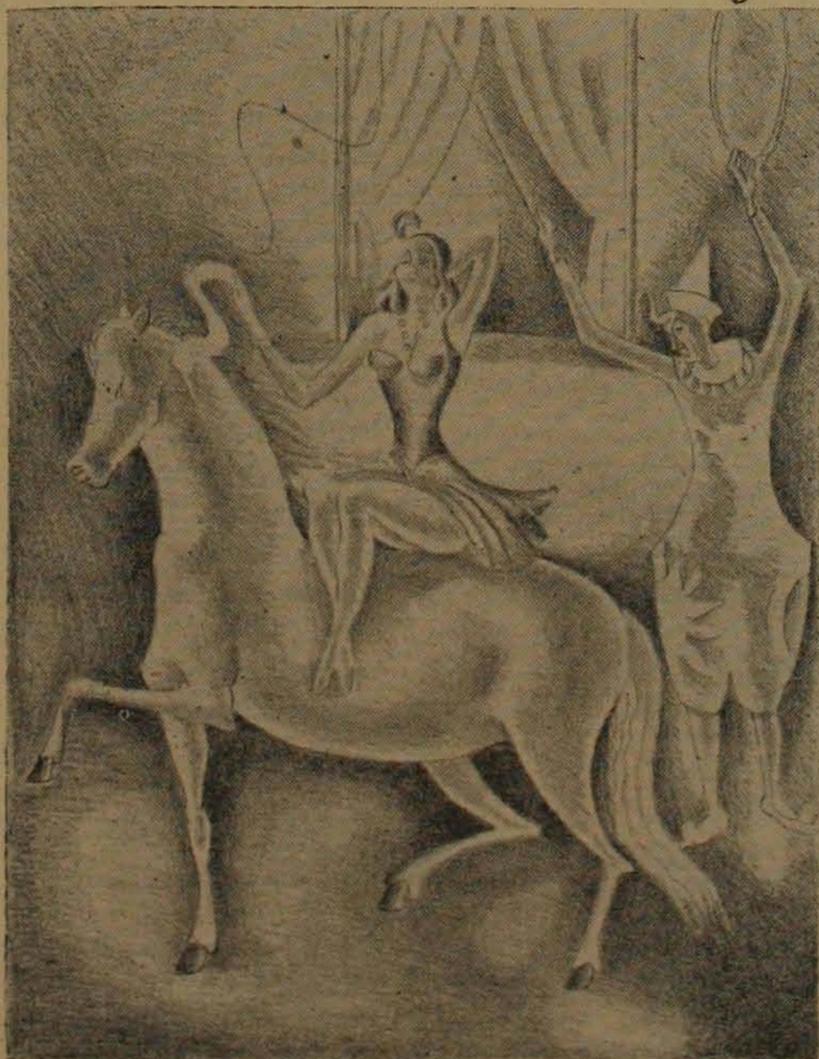
Don Manuel Cano de Castro ve a través de la estética que él se ha formado, usa la lente de su cultura artística y la gracia de su comprensión humana. Costa Rica no es sino como la ven los artistas: una concepción podrá ser más válida que otra, pero al fin y al cabo enseña a ver la realidad; poder aislar en la naturaleza es dar unidad, a lo que se llega solamente cuando se captan las cosas esenciales entre la barroca vegetación de lo superfluo.

Manuel Cano de Castro no sufre el complejo de Francia, se formó en París en la época de las grandes batallas estéticas--- y no le molesta la inmensa sombra que proyectan sobre nuestra generación los artistas que parecen haber monopolizado la expresión de la época. Nos debatimos entre la ardiente curiosidad por consultar una tradición importada y el empeño de forjar la nuestra.

Manuel Cano de Castro lleva en su línea reminiscencias del cubismo y de los maestros franceses que formaron la escuela de París y el lirismo y la intimidad de profundizar lo cotidiano valiéndose de todas las técnicas que conoce con la profundidad del que ha entregado al arte sus años.

Francisco Amighetti.

Puntarenas, Costa Rica, Julio de 1945



Ecuyère et Clown

Doce dibujos nacionales por M. C. de C.

(De Diario de Costa Rica, 24, Junio 1945.)

Nos ha interesado profundamente la serie de doce dibujos litográficos de escenas nacionales que presenta, entre otras producciones, el artista don Manuel Cano de Castro en la exposición del Teatro Nacional. "Una expresión nueva, muy adelantada, muy personal" —como dice el Maestro García Monge— que interesará, como a nosotros, a quienes saben ver el arte y a quienes no padezcan la impermeabilidad del sentimiento tan corriente en nuestra época.

Nuestros públicos se han acostumbrado a ver y comprender únicamente lo pintoresco y anecdótico del paisaje y del campesino costarricense. Es la tradición, que surge con la obra de Aquileo Echeverría y que luego degenera en los carteles de turismo, en las caricaturas y en las farsas del radio-teatro. En tales versiones, que han contribuido a afirmar la superficialidad de la visión, no hay plasticidad y, desde luego, no hay interpretación. La obra de Cano de Castro nos presenta un nuevo punto de vista y una nueva condensación de los motivos nacionales. La sobriedad de interpretación de los temas y la sobriedad de técnica—de la difícil técnica de la piedra—nos revelan una cultura integrada y afirmada. Y, en efecto, el autor ha logrado llegar a la

síntesis y a la madurez en las disciplinas del arte moderno, después de una vasta excursión por todas las aventuras del pensamiento y de la sensibilidad, incluyendo las de los árabes y judíos españoles de la Edad Media, las de los maestros neoplatónicos del Renacimiento y las que surgieron después del Romanticismo en las escuelas de París. Quien tiene esa capacidad de visión universal y de comprensión universal, tenía que ver en forma nueva y original nuestros motivos típicos.

Tres obras, cargadas de sugerencias, nos han llamado especialmente la atención. *Cogedoras de café*; *El patio* y *La lluvia*. La primera tiene mucho de la sencillez y sobriedad del fresco mural, fina, casi tenue, con reflejos, rehuye el contraste, como rehuye la anécdota, sometida exclusivamente a la suavidad del lápiz. La segunda, dentro de su perfecta construcción, es más emotiva en la gracia suave de un interior. La tercera, la mejor sin duda, nos da en formidable visión de síntesis, la verdad de nuestro campo en invierno, enlodado por la lluvia y esfumado por la perspectiva húmeda y sin contornos.

Tienen estas obras de Cano de Castro algo que las valoriza decisivamente. Sorprenden en el primer momento, nos dan luego la oportunidad de estudiar en ellas los detalles técnicos y la síntesis sobria de



El patio

su ejecución, y, luego, se graban en la mente, como en la piedra, y se recuerdan siempre.

Las acuarelas del señor Cano de Castro nos demuestran la unidad de la obra. En cierta forma es posible estudiar en ellas la técnica que el artista sigue en el grabado. Una misma idea y una misma escuela presiden ambas técnicas y esta circunstancia, para el conocedor, es toda una revelación. Nada, en efecto, hay de improvisación en este conjunto de trabajos. Un plano interpretativo, propio, original, de nuestras gentes, que es síntesis de concepción depurada, y un plano de ejecución, fina y consciente, que responde íntegramente al primero. No encontramos en el conjunto ni en cada trabajo en particular, debates o conflictos entre forma y contenido, tan corrientes en la producción de nuestros medios artísticos incipientes y vemos, en cambio, el equilibrio pleno que se admira en las realizaciones clásicas.

Abelardo Bonilla.

*

La exposición de C. de C.

(De La Tribuna, 23, junio, 1945)

Complace referirse a este artista costarricense, Manuel Cano de Castro, quien se dispone a hacernos insospechadas revelaciones en el Teatro Nacional al iniciar su exposición hoy sábado 23.

Artista del lápiz, consagra y perenniza los trazos del humilde instrumento en las planchas de piedra como un maestro que es de la litografía.

Hay simplificación, hay sobriedad y gracia en sus trabajos. Ordena objetos dentro del conjunto como simples símbolos aislados, anulando anecdotismos y resolviendo naturalmente, sin exceso y sin defecto, ese equilibrio sorprendente siempre en sus composiciones.

De Costa Rica nos da una visión nueva. Menos típica, menos regionalista y folklórica, pero en la realidad vernácula más seria, más delicada y subjetiva.

En un día lluvioso, van gentes por el camino hacia el pueblo. El campo gris, frío e inhóspito, nos da la nostalgia de un hogar acogedor que aun está lejos. Y el lápiz capta la desolación de nuestra campiña invernal en unos árboles mustios y en unas figuras vueltas de espalda.

A veces las notas cómicas o festivas se nos comunican en un modo sereno, tal cual son. Cano de Castro sabe lo que le ofrece Costa Rica. Tiene escenas de las fiestas, de la vida campesina doméstica y sub-urbana. Ya nos irá revelando otras cosas que le faltan: Las procesiones, las campañas electorales, los turnos y... yo sugiero el afilador, ese hombre tan inte-

resante, tan auténtico obrero, teñido y saturado de nuestro aldeano gris-verdoso. Benemérito del rutinario vivir y del pequeño menester cotidiano.

En las escenas del campo de concentración la figuras fuertes y armónicas revelan un cruel dolor que no llora porque se ha sublimado, que no maldice porque se sabe fecundo. Los personajes quietos y silentes espectadores imparciales de una pena que los transforma en autómatas abocetados, son la superficie plástica de un drama hondo y terrible.

Piensa en la magia comunicativa del arte, en el excelso poder que tiene de apoderarse del alma y llevarla, redimirla, transformarla. Todo valor auténtico del movimiento moderno, como éste que nos ocupa, en el fondo comenta y polemiza al recurrir a su particular modo de expresión. La visión surge de las profundidades de una intensa vida interior y ésta es conciencia, convencimiento, responsabilidad suprema ante las cosas. Puede el procedimiento ser puro, simple, neutro, sin pesimismo, ni optimismo hasta decirnos: "así es esto", pero hay en el fondo un discreto sugerir admirativo que al sagaz no se le oculta y le pregunta "por qué?".

Estas obras de Manuel Cano de Castro son, pues, un conjunto de sugerencias constructivas. Son inquietantes, llevan entre sus claros y sus oscuros, entre sus blancos y sus negros armónicamente combinados un germen de esperanza.

La exposición de M. C. de C.

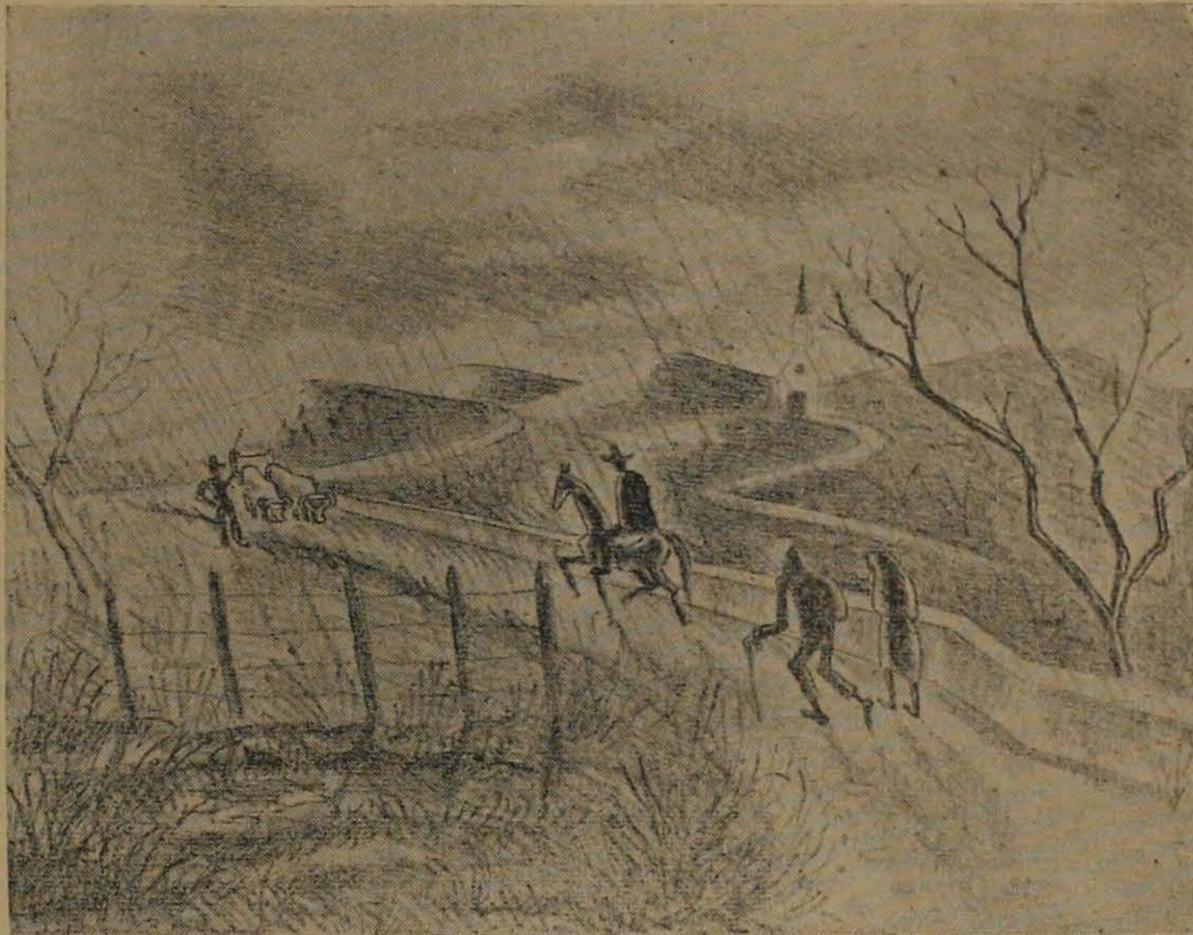
(De Última Hora, 25, junio, 1945)

Hace algunos meses vive de nuevo entre nosotros, reintegrado a esta tierra que lo vio nacer, el artista Manuel Cano de Castro. Cano de Castro ya ha estado trabajando desde su llegada, de un campo de concentración nazi, cerca de París. Su primera obra en Costa Rica, fué un álbum de doce litografías sobre la vida en el campo de concentración; su segunda obra, la visión de un europeo de las fiestas populares y de escenas, campesinas, un álbum de doce litografías sobre Costa Rica. Es interesante la obra litográfica de Cano de Castro, sus figuras están llenas de poesía, son alargadas, como saliendo de la tierra, delgaditas como hilos de agua. Cano de Castro ve así a nuestras gentes, a nuestros trabajadores del campo; y también Cano de Castro, ve nuestro paisaje con

Si Ud. reside en la Rep. Argentina, suscribase al **Repertorio Americano** por medio de la:

AGENCIA INTERNACIONAL DE DIARIOS

A. BARNA e HIJO — Buenos Aires
Lavalle 379 - U. T. 31.
Retiro 4513



La lluvia

Hablándonos de lo observado por él en Europa, este artista nos lo ha dicho:

El ave Fenix volverá a surgir de las cenizas.

Emilia Prieto.

resan por estas cosas, en la exposición que se prepara en el Teatro Nacional para el 23 de junio.

Sabemos que Cano de Castro es un gran trabajador, lo sabemos los amigos que lo vemos encorvado sobre la piedra de litografía o sobre el álbum de apuntes, y vemos cómo salen las cosas bellas de sus manos, como por magia, y esto es lo que va a ver el público, en su exposición: cómo dentro del trabajo, se defiende un artista, de lo que puede ser su muerte, la indiferencia.

Para Manuel Cano de Castro, mis mejores deseos; para Cano de Castro el artista, mi saludo.

Arturo Echeverría Loria.

MANUEL CANO DE CASTRO

Costa Rica

12 litografías originales

Precio del Album: ₡ 150. m/n.

Precio del Album: \$ 30. dólares.
(Exterior)

Entenderse con el ADR. del REPERTORIO AMERICANO.

Correos: Letra X. San José de Costa Rica.

SALVE ROOSEVELT!!

(En el Rep. Amer.)

Salve Roosevelt, cíclope de las empresas grandes!
 Salve, señor que fuiste
 el venturoso hombre
 más grande de todos los tiempos a quien para verlo se empujan los
 [Alpes y los Andes
 No cabe en el orbe entero tu gigantesco nombre!
 Miguel Angel no hubiera encontrado mármol suficiente para
 [inmortalizarte!
 Moisés de las Américas que es como decir conductor de naciones!
 Franklin Delano Roosevelt, decidme: ¿qué te hiciste?
 Tu pasta era de dioses. No podías ausentarte;
 no podías dejar solos en el ring tus campeones!
 Sebastopol te aclama, te aclama Leningrado, Moscú también te aclama
 [ma y reclaman tu presencia.

El cielo truena y llora. No prolongues tu ausencia.
 Los vientos trastornados se tornan huracanes.
 Los mares se abren como vorágines y muestran en el fondo enlutado
 de swásticas, barcos y submarinos nazis.
 Mago de las tormentas y del rayo incrustado
 en tantos cascos de muerte!
 Oh señor del ensueño, de la fe y del ideal
 que forjaste en tus luchas con sentido cabal
 la admirable sintaxis
 de un idioma de amor.
 Pide el mundo que vuelvas. Tu misión es más fuerte
 que su propio dolor.
 Hay tal desolación y pena en el mundo ahora
 que no se sabe si es que en la selva hay luchas de titanes
 o que un gran cataclismo está incubando la hora.
 Las naciones que atentas te seguían en el mundo
 no verán más tu índice, oh estadista fecundo!

Itálicos de otrora: Garibaldi, Mazzini:
 glorias, reliquias sacras que no empañó el desdoro:
 vosotros que sois un punto en la historia del mundo
 salisteis del sepulcro para mirar a Roosevelt
 limpiando el horizonte de vuestra patria, cuando,
 la Italia bella y grande que enlutó Mussolini
 hundida en el abismo se burló del decoro.
 Grecia se puso en guardia. Su jefe: Agamenón.
 No pudo Mussolini. Se estremeció iracundo
 ahogándose en su rabia porque él creyó que había
 repetido la fácil victoria de Etiopía.
 La Grecia de otros tiempos: su templo el Partenón;
 la Grecia de Licurgo, la de Apeles y Fidias;
 su arteria siempre viva, las aguas del Iliso.
 donde su sed apagan los dioses en las lidias;
 su símbolo más alto: el inmortal Homero!
 Y Grecia, copa breve de ónix se deshizo
 al ímpetu salvaje de la Alemania Nazi.

Creta, la Isla bella nimbada de leyenda
 donde aprendió Jonia a ornar de luz y olivos
 cada conquista heroica, cada empresa estupenda!
 Lecho de los atlantes que hoy dormitan cautivos
 entre el mármol y el bronce de una edad milenaria;
 Creta, la augusta Creta: también caíste agobiada
 por el peso glorioso de tu blanca estatuaría
 rota de un solo tajo por una infame espada!
 Creta, que un día acogieras sonriente a Tutancamen!
 Tú contemplaste a Roosevelt también en tu agonía;
 Tú le viste su eterna sortisa de hidalguía,
 Tú lo viste y lo oíste cuando en las caracolas
 de los siglos ya idos
 recogieron las olas
 su voz de gran profeta,
 y si caíste, esos siglos, erguidos
 vienen planeando a Roosevelt la libertad de Creta!

Dunquerque es una tumba con alma: la tristeza.
 Noruega, Holanda, Bélgica, donde el comando exhibe sus técnicos
 [intentos;
 y Batdío es la esperanza; es Dieppe un buen ensayo; Normandía una
 [promesa!
 Vedlas: se han levantado: son nobles sus alientos;

ellas que te invocaron también se estremecieron
 con el huracán de hierro que abrieron los comandos;
 tierras donde la vida los nazis destruyeron
 sin conmiseración;
 tierras, lejanas tierras que el sol-caliente igual
 así sean holandeses, italianos o belgas, noruegos o normandos;
 tierras que en Ti encontraron ayuda y salvación
 porque Tú, padre Roosevelt, soñador inmortal,
 clave del gran arcano donde gestan las guerras,
 con los hombres de acero que en asocio de Churchill les habías
 [mandado
 la avalancha de la Horda valientes resistieron.

Muertos de Leningrado y de Sebastopol:
 ahora os levantasteis y os encontráis erguidos:
 vosotros que a mansalva un día fuisteis heridos!
 Una lágrima heroica en cada rostro yerto,
 y los ojos alzados como enigmas al cielo!
 De vuestras bocas mustias se escapa una plegaria
 y al veros. oh valientes, llorando sin consuelo
 porque Delano Roosevelt ya hoy se encuentra muerto,
 os vuelve a vuestras tumbas la estepa solitaria.

Rusia, la grande Rusia como un inmensa luna!
 Rusia es el gran crisol
 y como ese no tuvo jamás nación alguna!
 Crisol donde se funde la gloria del futuro
 que será más brillante y más pura que el sol!
 Cómo fuisteis, oh rusos, cruelmente perseguidos
 cuando menos teníais el porvenir seguro,
 pero tal como Ulises—Mentor de aquel instante—
 Franklin Delano Roosevelt con las alas de Palas
 voló por todas partes
 y sin perder una sola, ganó cada batalla.
 Cubrieron sus blancas alas
 los áureos estandartes,
 las lluvias de metralla,
 los roncós bombarderos, los enormes cañones y los tanques de guerra
 que fabricó Norte América para salvar la tierra!

Oh gentil Mister Roosevelt: santo, apóstol y hermano:
 te llora la fragancia
 de los campos de Francia,
 y te llora la cruz
 de cada valiente norteamericano
 que se embriagó en la luz
 que brinda el heroísmo
 defendiendo la democracia con valor y optimismo.
 Cruces blancas de héroes que amamantó la ubre de la gran Norte
 [América!
 En una gesta homérica
 esmaltaron de margaritas con sencilla arrogancia
 vastos campos de Europa.

Timón de las naves seguras y de los seguros rumbos!
 gigantesco centauro que estremece los astros y estremece la tierra si
 [vuela o si galopa!
 Rosa náutica en los océanos de la idea!
 Trazador de las rutas que conducen a la gloria!
 Nunca se te vió dando tumbos
 ni te preocupó solamente la aldea,
 ni pensaste en circunscribir tu patria a una mezquina historia.
 Fuiste noble en la grandeza de tu serenidad!
 Fuiste el verbo más puro con que habló la emoción.
 Te tuvo miedo el rayo; te obedeció la tormenta;
 los linajes más altos te vieron con admiración
 y al saber que partiste, más tu fama se aumenta!
 En tu cerebro montaña
 hubo un sol siempre claro: tu claro pensamiento,
 si no lo digan Churchill, de Gaulle y Stalin,
 que lo diga la bien dirigida campaña
 para librar a Grecia, a Luxemburgo, a Francia, a Italia y a Noruega,
 [a Bélgica y Holanda:
 países que soportaron el yugo de Berlín,
 pero que en un momento
 con tu auxilio, oh señor del oro y del acero,

fueron por siempre libres.

Ese Hombre no descansa!
Ese Hombre es tan dinámico que al contemplar construye
y al ser su alma una arma con todos los calibres,
con el alma construye y con el alma destruye:
construye templos de oro donde ora la verdad;
destruye las cavernas que habita la maldad.
¿Será que ese hombre es Dios? ¿Será que es Satanás?
No es Dios ni es Satanás, pero es un Superhombre!
Alma de los combates planeados con paciencia!
Faro que guía a los pueblos por rutas de esperanza!
Una estrella que el caos transformara en un hombre!
Y ya sobre los mares o ya cruzando el aire dirigirá la acción en cada

[conferencia.

Es un sol en Teherán, una águila es en Yalta y en Ceimea un león.
La elíptica es de plomo,
de acero, cobre y hierro,
y el universo entero como si fuera un perro
siguió a Roosevelt sumiso temblando de emoción.

Barcos y tanques, pólvora para matar más hombres, para salvar más
 [tierra.

Cada sitio el temor, el tremendo temor
de Hitler: temor que es algo así como la síntesis de nueva destrucción,
o se diría el asomo
de la inmensa avalancha de la desolación.
Tembló el Fuereer ante ello pero no de coraje:
fue su temblor salvaje
tan sólo de terror!

Una noche sin astros y una Isla dormida;
el primor de sus playas fulgura entre las brumas.
Hawaii: islas de azur. Oahú se siente herida.
Pearl Harbor, el suspiro de la muerte veloz
mientras en espirales se tragan las espumas
el torbellino en llamas de aviones enemigos.
Un nuevo libro escrito por la mano de Dios:
un nuevo libro que dice: —“Alevosía, Flagelo:
crimen horrendo y negro que no perdona el Cielo.
Roosevelt quedó perplejo por aquel golpe audaz.
había que seguir con Francia, con Rusia e Inglaterra
enviéndoles soldados y material de guerra

y castigar a un tiempo la infamia del Japón
dándole un golpe maestro directo al corazón.
Había que seguir prestando ayuda a los amigos;
La muerte dá la vida. La vida está en la paz!
Reveses en Bantan, Luzón, Cebú, Manila...!
Norte América heroica, Norte América brava
le brinda al mundo vida e intenta darle más!
En tanto el yanqui muere grabando en la pupila
la intención del nipón de hacerla un día su esclava.
Mac Arthur, un motivo para un poema épico.
salido de la mente de aquel glorioso anciano;
y en el desarrollo de su programa bélico,
Mac Arthur es la espada y Roosevelt el destino.
Para ambos el Pacífico no es misterioso arcano;
para ambos los obstáculos se apartan del camino.
Oh gloriosas y nobles fulgurantes hazañas:
solita Norte América triunfando del Japón,
y se cubren de gloria las feraces montañas
de Manila, Bantán, Marianas y Luzón.

Se oye un sordo rumor. Algo ugita la altura...
No es tormenta. Es que el Cosmos cansado lanza un grito
y en la extensión ilímite de todos los espacios
donde los dioses tienen sus azules palacios
se ilumina la comba sombría del Infinito.
Al rodar por los astros es más firme la voz
que ha salido de lejos: no se sabe de dónde,
pero estrellas se escapan de los labios de Dios
y a esa voz, otra voz que es del hombre responde:
“Habla Tácito, o sea: habla ahora la historia:
hace falta otra antorcha más hermosa en la gloria.
No es preciso forjarla: ya ilumina lo alto”.
Y la antorcha que es Roosevelt, llegó al Cielo de un salto,
derramó entre los astros su brillante fulgor,
y la América yanqui y la América Hispana
hoy, ya Roosevelt arriba despachando con Dios,
lo escuchan y lo siguen, y el nazismo feroz
a quien ya no le llega la luz de la mañana,
perdido en las tinieblas sucumbe de pavor.

J. Francisco Villalobos Rojas.

Alajuela, Costa Rica, abril de 1945.

ANTOLOGIA DEL POBRE

Por Pablo Antonio Cuadra.

(En el Rep. Amer.)

ELEGIA AL MINERO

¡Cuántas cosas suceden por la cólera de los
 [árboles,
por la rebelión iracunda de las piedras!

(Ellos han dicho: “Murió bajo la tierra”)

Tres días se convocaron los átomos,
las enfurecidas moléculas del mundo,
las que miramos distraerse en los paseos de
 [la luz

volando
en el recreo iluminado de los aires.

Ellas se convocaron

Yo miré después el cuerpo enteramente

[cubierto

por infinitos átomos de tierra como sedientos
que se adherían a su piel besándola.

Descubrí sobre el rostro

la señal del labio de la piedra

que se apretó a su mejilla como una madre
 [delirante.

Su pecho ahuecado

por insaciables abrazos de la materia.

Fué difícil arrancarlo

de aquella poderosa posesión.

“Ven, le habían dicho,

tu sudor doloroso no lo podemos soportar.

Demasiado gemido brota de tu cansancio.

Eres un hombre y dueles”.

Así se lo llevaron.

Así lo incorporaron a su cólera.

Lo amaron hasta reducirlo a la sustancia,
a la indignada sustancia de las hierbas.

“Ven, le habían dicho,
asimílate a la tierra,
congrégate a la esperanza de las cosas,
precipitaremos la consumación,
derribaremos”.

¡Cuántas cosas sucederán por la cólera de los
 [árboles,

en el día de la ira!

MENDIGO

Su mano era la última embajada de su miseria.

En su mano estaba su mirada

como una vertiente seca.

Estaba su corazón

como una ciudad destruida.

La había tendido a ti

como quien envía a su último hijo

al lejano país de la vergüenza.

Tú nunca comprenderás esa tormenta

que azota con su viento insufrible

la desolada comarca de su mano.

No comprenderás la aridez,

la indignada negación de la sangre

a Alfredo Sancho

a regar la pequeña llanura de su imploración.

Por eso, a veces, una moneda penetra como
 [un clavo

Teaspasa la delicada palidez de su esperanza.
La fija al árbol, a la cruz, ya para siempre.

Tú has crucificado la mano de ese hombre.
Debajo de tu moneda cae una gota de sangre.

¡Una gota de sangre!

FORASTERO

Entonces yo cantaba

“Mi boca es una herida antigua

y no hay silencio que cicatrice
la dolorosa protesta de su llaga”.

Entonces yo cantaba.

(Y tú me preguntaste

“Por qué no callas?

Por encima de vuestro grito no se verán las
 [aves

Encierra el dolor del Hombre
en una estrella aparte que no haga gemir a
 [los laudes.

Tu Maestro sufrió con resignación

y era un Príncipe indiferente

cuando pisaba la zarza y la amapola.

El pobre debe soportar.

Y yo pensé
 "Mi maestro se llama la Palabra.
 Mi Espíritu es un ave que revolotea
 en inenarrables gemidos
 y hay un árbol desnudo en toda mi soledad
 cuyo fruto cuelga como un corazón maduro
 [de sollozos
 ¡Ah! el rumor de la sangre es ensordecedor!"]

Yo cantaba.

PARACLITO

Padre de los Pobres. Proletario
 Espíritu. Gime.

Oh compasión: fuego
 de la Pasión: incendia
 la Ciudad de la riqueza.
 Quema el corazón;
 horna el pan,
 la comunión
 solidaria de los hambrientos.
 Purifica el sucio lugar del pobre
 donde su sueño no conoce paz.

Lengua: transporta al pecho
 tanta secreta luz
 que al triste anima.
 Pájaro amante pía:
 arroja cielo
 y voz de altura
 al peregrino.

Tú, Consolador: emplumada
 Cruz, haces posible el peso.
 ¡Paloma:
 dá tus alas a este grito
 que se posa en el hombro
 del Hombre
 y pueda así cargar
 su carga. Déjalo llegar!

Y tú
 ¡Oh Madre María!
 Madre carne, esposa del Espíritu,
 Señora virgen proletaria
 canta.

Dad tu sombra al huérfano,
 al dejado dad
 la pluma del consuelo
 el ala y vuestro Viento.
 ¡Criad palomas!

TESTAMENTO

Recibid, sucesores,
 vosotros esperadores en la frontera de nuestra
 [duración,
 recibid este Hombre herido.
 Esta agonía que nunca termina.
 Esta muerte que ya encontramos muriendo
 pero que os espera a vosotros
 porque todavía no se ha colmado su medida.

Granada, Nicaragua, 1945.

EN LOS DIAS DE LA VICTORIA

Por Enriqueta D. Tovar y R.

(En el Rep. Amer.)

El siete de este lindo Mayo, al llegar nuestro avión a Talara se nos hizo conocer la noticia de mayor bulto, o sea la referente a la definitiva e incondicional rendición de Alemania. Denotaron algunos viajeros su regocijo por la conclusión de la guerra en Europa. Otros exteriorizaron preocupación enorme por la serie sucesiva de problemas que tendrá que afrontar el mundo en la trasguerra, con el conjunto de pequeñas crisis que fatalmente habrán de producirse al transformar la mayúscula maquinaria bélica en maquinaria benéfica para la paz y el bienestar de todos los pueblos.

Nuestro paso por Guayaquil nada tuvo de novedoso. Pero no sucedió lo mismo al llegar a Cali, en cuyo aeropuerto encontramos al eminente Obispo de Kansas City, Monseñor O'Hara, con quien departimos pocos días antes en íntimo almuerzo ofrecido por el tan respetado como querido Excelentísimo Nuncio de Su Santidad en Lima, Monseñor Cento. Y proseguimos la marcha en el "douglas", pues los pilotos parecían deseosos de arribar temprano a Panamá, tierra en donde ya nos esperaban buenos amigos y colegas, suelo querido que —ahora por décima vez—estábamos ansiosos de acariciar. Y llegamos, en verdad, pero previo el paso por la Zona, en donde las necesidades de la guerra obligan a las autoridades del Ca-

nal y a las compañías de transportes a someter al viajero a una serie de tramitaciones que, naturalmente, hay que cumplir, y cumplir con complacencia manifiesta.

Como no había alojamiento en el Hotel Tivoli y se nos dijo que sólo podríamos encontrarlo en el "Internacional", pues allá fuimos. Una muchacha nicaragüense, a cargo de la barbería, nos rasuró. La noche resultó deliciosamente toledana, acaso por las estridencias de la celebración, por las gentes portuarias, de la victoria sobre los alemanes. ¡Qué música más aparente para taladrar los oídos e impedir el reposo del viajero! De otro lado, la servidumbre, de raza africana en su mayoría, y de nacionalidad indefinible —pues priman los jamaicanos, barbadenses y de Trinidad—, no se deja entender, ya que habla un inglés bárbaro y un español difícil de reconocer de inmediato y parece haberse completado para hacer abandono de buenos modales y entronizar, en cambio, en aquel ambiente de ascensores, comedores, servicio de cámara y de teléfono, la más agresiva insolencia para con el pasajero infeliz.

Afabilísimamente atendidos por un antiguo compañero de labores, el Embajador Ortiz de Zevallos, y su distinguida consorte, cumplimos con diversos amigos nuestros; y en compañía del Director de la Biblioteca Nacional, Profesor Castellero,

efectuamos nuestra excursión a las ruinas de Panamá la Vieja. Desde la última vez que visitamos esas ruinas—hace cinco años—no poco se ha puesto en evidencia gracias a la obra inteligente de las excavaciones. "Todo esto —nos dice nuestro viejo amigo Ernesto de J. Castellero— se diría que carece de historia, pues ningún cronista, ningún historiador, ningún viajero de siglos pasados nos dan luces acerca de lo que fué la vieja Panamá. En los archivos españoles tampoco se ha encontrado nada que nos hable de la importante ciudad que fué incendiada frente a las actitudes amenazadoras de Morgan. Sólo existe el relato de aquel pirata que aprovechó Méndez Pereira para su libro sobre el tesoro del Dabaibe".

Tras el espléndido almuerzo con que nos obsequió el querido Emilio, o sea el señor Embajador del Perú, que hoy ocupa la hermosa mansión, propiedad de nuestro gentil amigo el doctor Adolfo Arias, nos entregamos a la grata tarea de retornar visitas y a recorrer uno que otro templo, pues las actividades febriles de Panamá se paralizaron en homenaje a la virtual conclusión de la guerra. Y el día nueve, con nuestro pasaporte en regla para poder permanecer en San José de Costa Rica, tomamos otro avión de la "Panair", que tras breve estación en David, nos dejó algo mejorados de la quebrantada salud en el precioso aeropuerto "tico" de la Sabana, donde, amabilísimo, nos esperaba el Ministro peruano y querido compañero de labores hasta hace poco, César Elejalde Chopitea.

Ciudad acogedora, de clima bastante parecido al de Guatemala, San José nos recibió con cariño. Instalados en un excelente hotel, ya no dispusimos de libertad, pues la tiranía de Elejalde llegó al extremo de vedarnos que almorzásemos y comiésemos en parte alguna que no fuese la Legación del Perú. El, su bella esposa y su señorita hija, nos abrumaron con sus manifestaciones henchidas de gentileza; y además el fino diplomático y su carro estuvieron en todo momento a nuestra disposición. Así visitamos la ciudad de Heredia, con justa razón también "la ciudad de las flores", cuyo templo plurisecular fué cantado por Darío, y a cuya Escuela Normal acuden los estudiantes de todo el país. Por escasez de tiempo disponible, no pasamos hasta Alajuela, la ciudad que inmortalizó con su proeza. "El Erizo" Santamaría, varias veces por nosotros recordado en nuestros trabajos históricos; ni fuimos a Cartago, residencia y escenario de la muerte de nuestro infortunado mandatario, General José de La Mar, ya que se nos había dicho por el General Volio y otros historiadores que nada del conjunto de moradas del Cartago de aquellos años del siglo diecinueve quedó en pie

después de la destrucción operada por cataclismos. Pero acudimos a otros pueblecitos y especialmente al celebrado Balneario "Ojo de Agua", en donde se capta el elemento que surte del vivificante líquido a Puntarenas y otras poblaciones intermedias. Como paisaje, el lugar es hermosísimo y de un clima en extremo grato. Se ha hecho allí un lago artificial junto a la fuente, y se asegura que bañarse en esas linfas enteramente cristalinas es una delicia. Estuvimos, asimismo, en el Costa Rica Country Club, ubicado en una zona de praderas amplias y feraces, rodeada de hermosísimas colinas, con campos de golf, tenis, etc., y una magnífica poza para la natación.

A lo largo de las carreteras que recorrimos con el Ministro Elejalde observábamos la vegetación prodigiosa, los bien cultivados campos de café y árboles frutales, las dehesas pobladas de vacunos de excelentes razas, y los campesinos todos de origen europeo, sencillos, humildes, de buena anatomía y grácil figura; de febril actividad para la faenas que rinden el sustento; de pie y pierna desnudos y de rostros denotadores de la satisfacción que proporciona el trabajo remunerado, productivo, capaz de encumbrar económicamente.

En la muy bella capital, amén de sus bien tenidos templos, visitamos el local de la antigua Universidad, en donde ahora funcionan los Archivos Nacionales, a cargo de nuestro viejo amigo el General Jorge Volio, y el Registro Público. Recorrimos, asimismo, el local del Congreso, donde pudimos conocer los retratos al óleo de los Presidentes de Costa Rica, y donde fuimos presentados al actual Presidente del Legislativo, Dr. Grillo, por nuestro viejo amigo de Lima, Carlos Fernández Mora; estuvimos en el Parque Morazán y en el Mercado, así como en el Parque Central y en sus arterias dedicadas al comercio. Pero lo impresionante, como grandiosidad, fué para nosotros el Teatro Nacional de San José, pues es, por su belleza arquitectónica —exterior e interior—, por los frescos de plafonds y muros, por sus marmóreas escalinatas y sus estatuas hermosas de mármol de Carrara, algo que honra en verdad, al país. Se nos dice que el Teatro Nacional fué obra donada a la nación por los cafetaleros.

Visitas de amigos y visitas a amigos, menudearon. Inolvidable habrá de sernos la entrevista celebrada con el egregio Jefe de la Iglesia, nuestro viejo amigo el Excmo. y Rvdmo. Monseñor Sanabria. Acerca de nuestra conversación con el Presidente de Costa Rica, Excmo. Sr. Lic. Teodoro Picado, y con el señor Arzobispo, habremos de tratar aparte en estas crónicas volanderas. Pero podemos hoy referirnos a la emoción experimentada por la cordialísima acogida que nos dispensaron el recio periodista y divulgador gigantesco de nuestros valores,

el maestro Joaquín García Monge; el tan gentil decano de la Facultad de Letras de la Universidad josefina, General Jorge Volio, nuestro antiguo y caro corresponsal; el infatigable bolivariano Octavio Castro Saborio, que en la administración del Teatro Nacional tiene levantado un altar siempre lleno de luces a la gloria del Libertador; Hernán G. Peralta, biógrafo magníficamente documentado de don Rafael Iglesias, y doctísimo historiador del Manquesado de Aycinena; el modesto, infatigable historiógrafo Francisco María Núñez, devotísimo de la era morazaniana; el maestro de maestros don Ricardo Fernández Guardia, que nos dispuso larga y sustanciosa visita

y recordó de nuestros días no estériles de Lima; Carlos Fernández Mora, siempre con la "nostalgia" del Perú y, en fin, sinnúmero de colegas de la Sociedad de Geografía e Historia costarricense.

Incoloras, desprovistas de elocuencia estas cuartillas, servirán para testificar gratitud y afecto a dos países amigos —Panamá y Costa Rica—, cuyos representativos supieron hacernos sentir emociones de franca camaradería y amistad devota.

El día doce, sábado, en La Sabana nos congregamos varios amigos algunos minutos. Después, se produjeron los abrazos que simbolizaban el ¡hasta luego!

San Salvador, 17 de mayo de 1945.

SOBRE LA VALORACION DEL CARACTER

(En el Rep. Amer.)

Progresamos cuando, decididos a no regresar, dejamos atrás la gran plenitud del Medioevo. Progresamos porque crecimos. Pero no crecimos tanto que pudiéramos, de un solo impulso de las alas recientes, dominar el inmenso panorama que la geografía y el espíritu nos ofrecieron. Y si aún no hemos podido entrar en posesión plena de la geografía física con que se abrió el portal de la edad presente, tampoco hemos podido apoderarnos de su plenitud espiritual, legítimamente nuestra.

La acumulación primitiva del capital que sucede a la gran epopeya descubridora desencadena una fuerza de progreso que miramos ahora solemne, poderosa... y agonizante. Junto a su avanzada, sembradora de progreso, vemos su destructividad aniquilante. Ella convierte en mercancía todo lo que toca. Y produce tal desequilibrio moral que me parece bien juzgar la sociedad capitalista moralmente como de lo más feo que la asociación de los hombres ha producido.

Veamos, por ejemplo, el deterioro en la apreciación del carácter. Ya en su Siglo protestaba Quevedo en su *Epístola al Conde-Duque de San Lúcar*.

*"Las descendencias gastan muchos godos;
Todos blasonan, nadie los imita.
Y no son sucesores, sino apodos.*

*Hoy desprecia el honor al que trabaja,
Y entonces fue el trabajo ejecutoria,
Y el vicio graduó la gente baja."*

Y se lamentaba el indignado poeta del vacío moral que dejara la ausencia de "aquella libertad esclarecida, que donde supo hallar honrada muerte, nunca quiso tener más larga vida".

¡Eso fué en tiempos de Quevedo! Más tarde, no mucho más tarde, la lógica terrible de la Historia hacía al hombre dar otro salto. La burguesía no puede vivir sin revolucionar, constantemente, los medios de producción, y, con ello, las relaciones de producción y con éstas todas las relaciones sociales. De la máquina de tejer recién in-

ventada en Inglaterra, la Revolución Industrial surge. Y ya todo será mercancía y competencia.

El carácter, aquel conjunto de cualidades morales que señala, que individualiza, al hombre, se juzga mercadería y sufre, en su aprecio, los albrures de la competencia. El aristócrata y el obrero — clases antipodadas, que saben dónde están porque saben qué son — no hubieran llegado nunca, por su propia índole, al deterioro de carácter que el burgués produce. El sentido crítico se eclipsa bajo la lluvia sonora de la mercadería; su claros timbres se apagan en la sordera de la competencia. Para la conveniencia egoísta, el hombre queda hecho dos pedazos: es un malvado para quien desea sustituirlo; es un mito, un semidiós, para aquel que vive de sus favores.

No se produjo antes criterio tan desdichado. Pasado que no puede resucitar, hay que hacerle esa justicia. Y nuestro presente debe quedar advertido. El obrero, en su progresiva función de dinámica histórica, tiene en sus manos porveniristas la misión de socializar la valoración del carácter. Hay que hacerle esa advertencia. Hay que hacerle, por lo menos, a los que dirigen movimientos obreros. Habemos de hacérsela constantemente, cuantos de alguna manera influenciamos, o intentamos influenciar, en las masas. No importa cuán fuerte el inevitable contagio burgués con que los sectores más disímiles de la sociedad presente están infectados, el actual dirigente político, el actual guiador obrero que colabore en permitir a sus dirigidos juzgar al prójimo de acuerdo con aquellos dos extremos de la mercadería y la competencia, de la injuria, de la calumnia premeditada o la adoración infame, estará traicionando el más caro ideal moral que guarda, para el hombre, el arcano del porvenir: aquel *id quod est perfectissimus in totta natura* con que Santo Tomás definió la personalidad expresándose en el ser humano como ser social.

Juan Antonio Corretjer,

Nueva York, junio, 1945.

EDITOR:

J. GARCÍA MONGE.

TELEFONO 3754

CORREOS: LETRA X

En Costa Rica:

Suscripción men. ₡ 2.00

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:

EL TOMO

(30 números):

\$ 5 dólares

Giro bancario sobre
Nueva York

AL SUR DE TUS MANOS

(En el Rep. Amer.)

I

- NOCHE -

(El canto de los marineros era el único camino por donde tus sueños iban al alba,

Caía la noche, caía sobre el sueño terrestre. Las hojas sollozaban como agua desatada. Amor: pájaros de nieve descaban ocultarse dentro de tu cabellera, emigrar hacia el Sur de tus pálidas manos.

Caía la noche, caía —espada lenta— hiriendo la tranquila corona de tu ausente sonrisa, te abría espera y frente, llenaba de murmullos la abierta rosa. Con labios sucios de espuma el viento se acostaba en el rincón donde morían los besos.

Caía la noche, caía sobre el ancho perfume cansado de los jardines, sobre las rodillas frías de los campos oscurecidos, sobre las esquinas de faroles moribundos).

Estaba a tu lado cargado de distancia. Mecías estrellas, cunas y gritos. Estaba a tu lado, ileso de piedra y brizna, buscando el dulce naufragio de tu proximidad. Creía en tu cuerpo perdido. Lo salvaba, obstinado, de calles y campanas, de crepúsculo y tristeza. Tan oscuro y dormido —lleno de valles y silencio— como las horas inclinadas del tiempo sin memoria hasta que sembré en tus ojos palabras y sed. Yo temía la barbarie de los espejos que te acechaban y cubría de música y lilas las ruinas de tu boca. En tus manos resonaba el mundo alto de la luz.

(Caía la noche, caía sobre el bronce tendido de los bosques de misterio, sobre la cruz cerrada donde se abrazan los caminos, sobre perros y velas).

El sermón de mi ancho fuego te apañaba lluvias. Pensaba en tu alma, tan sonora de fuentes hilando azules huidas. Cantaba los días grises, el horizonte sin límites, la edad delgada del aire. Sabía perseguirte con hojas y palomas, destruir la victoria helada de tu sangre. ¡Abandonada durmiente! Tenías que habitar la isla donde ya eras madre mordiendo, solitaria, tu antiguo anhelo de hacer inmenso el grito que yo amaba en tí, que escuchaba en la cueva donde lo terrible sonríe a la flor eterna y ávida, donde la torre imprevista de la muerte se yergue entre cantos y polvo de alba...

¡Me guardabas el sol!

(Con ojos de niebla te miraba dormir. La noche caía, ¡Oh muda estatua de tí misma! La noche caía, desnuda de miedo, alia de sombra y de viento. La noche caía).

II

CASI CANCION

Luz en las algas nuevas del día.

Aun duermes. Levanto la ola de una palabra y de otra...

Yo soy el mar, tú, la muralla. Con mis labios de espuma y aire beso la vela de tu alma.

Sol en las barcas abandonadas.

III

DIA

Desnudaré mi voz de llamas aurorales para hundirme en ti como un anónimo río ciego. No quiero tu frente de luna, ni tus ojos atónitos, ni la delicada corteza donde puedo clavar caricias que mueren como el humo. ¡Oh, dame el ancho cauce que desciende hasta el reino donde tu cuerpo ignora el anillo negro del mundo y las venas que escuchan crecer la hierba. El nebuloso destino busca un rostro de amante donde enterrar la angustia de sus brazos cansados. ¿No sabes que las estrellas maduraron tus labios con mi nombre secreto?

Mira, la luz urgente grita bajo mis pasos de agua torrencial. Y en mí, gritan los árboles, la tierra, el cielo, las piedras y mi canto quiere ser tú, romperse dentro de ti. En el reposo sombrío de tu corazón calmado entraré como un viento en una estancia vacía. ¿Qué sabes de tu deseo que retrocede y se cierra cerca de tus párpados?

¡Brotada de tu espiga, dura, lejana, santa! Entre la nube y el trigo poseerás la violencia de mi llegada que ordenará la vida en tu caos tibio. ¡Remota, abandonada, huérfana de cenit!

Tú. Es decir: sirgando el murmullo profundo de tu miedo innumerable, la vasta soledad de la sangre del pasado en infinita marcha a través de paisajes, lágrimas y canciones. Y en este momento, lejos de las ágiles danzas, al lado de una flor que piensa su martirio, aquí, lejos de barco, ventana y memoria, en la raíz furiosa de la luz meridiana que te ciñe y vence—oh, el lastre de la última noche! que sé cómo he de amar lo que tu presencia luminosa me oculta. Atravesando soles, rompiendo lianas rojas, besando meteoros fríos, descendiendo hacia el arco de tu silencio, hacia la dulce potencia invadida de futuro y nudosa de esperas. ¡Oh, ya puedo olvidarte en los seres que llegan, con sus muertes pequeñas, a llenarme de tí, lentamente, suavemente ¡Oh, ya puedo olvidarte en la raza tranquila que llevará mi risa como una blanca espina!

Te integro, desvalida, flotante, alada, pétrea, a la sonrisa que late, aun sin boca, en la inmensa empresa de resurrección que me desarmó de sueño y me devuelve al tumulto de la muerte y el origen. ¡Oh, sé siempre efímera! No me poseerás realmente hasta que tu frente sufra.

Agustí Bartra.

México, D. F.